

HISTORIA  
DE LA  
REVOLUCION  
DE SETIEMBRE.

SUS CAUSAS, SUS PERSONAJES, SUS DOCTRINAS,  
SUS EPISODIOS Y SUS RESULTADOS.

OBRA QUE ESCRIBEN CON ESCRUPULOSA VERACIDAD HISTÓRICA  
Y CRITERIO CATÓLICO

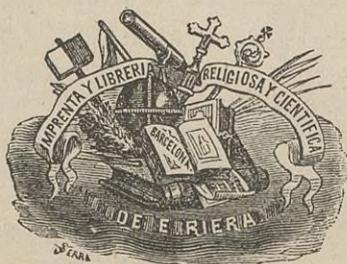
D. EDUARDO MARÍA VILARRASA

Y

D. José Ildefonso Gatell,  
PRESBITEROS.

É ILUSTRADA CON LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ  
DEBIDAS Á REPUTADOS ARTISTAS.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,  
calle de Robador, número 24 y 26.  
1875.

Cuaderno 1.º

Entregas 3 á 10.

L47  
3342

REVOLUTION

IN SEPTEMBER

THE GREAT REVOLUTION OF 1776

THE HISTORY OF THE REVOLUTION

AND THE HISTORY OF THE REVOLUTION

IN SEPTEMBER

THE HISTORY OF THE REVOLUTION

IN SEPTEMBER

THE HISTORY OF THE REVOLUTION

IN SEPTEMBER

THE HISTORY OF THE REVOLUTION

THE HISTORY OF THE REVOLUTION

AND THE HISTORY OF THE REVOLUTION

IN SEPTEMBER

THE HISTORY OF THE REVOLUTION

—Entonces es necesario, dijo el del pueblo, ver si podemos contar tambien con militares.

—No nos precipitemos, exclamó el Presidente. Tal vez con un gran esfuerzo podríamos, no diré ahora, mas sí en época no lejana, derrocar la monarquía. Pero es menester no contentarse con derribarla. La derribaron los franceses y vino despues el Imperio, la Restauracion; es menester que nosotros trabajemos mejor, ya que estamos aleccionados por la experiencia; que despues de derribada no vuelva nunca á retoñar. Para esto se necesita actividad, mucha actividad; pero tambien se necesita tiempo, bastante tiempo.

Calmada por estas palabras del presidente la agitacion, el frenesí que se habia percibido en los primeros instantes, algo extinguida la fogosidad de aquellos espíritus, un hombre que en lo reservado de sus maneras y en la entonacion de su voz parecia querer darse aires de grave y reflexivo, y que hasta entonces habia permanecido en calculado silencio, tomó la palabra:

—Hay tres maneras de matar la monarquía: á traicion, en lucha á brazo partido, y procurándole una muerte lenta, pero inevitable.

—Yo estoy por los dos primeros modos; pero no por el último, interrumpió un hombre de rostro pálido, de mirada siniestra y blancos bigotes. Empiezo á ser viejo, y no he de esperar á que la muerte de la monarquía la vean mis hijos, que ni sé si los tengo siquiera.

El que estaba en el uso de la palabra se quejó de esta interrupcion, y prosiguió:

—Matar la monarquía á traicion no es posible, porque está suficientemente guardada. Para matarla luchando cuerpo á cuerpo con ella, es todavía bastante fuerte; aun cuando por un esfuerzo imposible lográsemos hacerla caer, con su enorme peso se nos vendria encima, y nosotros mismos sucumbiríamos aplastados bajo su mole. Queda el último medio, el único; el verdaderamente práctico. Si el derribarla es mas que peligroso, no lo es el minarla en sus ci-

mientos. La existencia de la monarquía se apoya en la fe popular; empecemos por matar esta fe lanzando sobre el pueblo el soplo del liberalismo racionalista. Tiene aun en su favor el régimen monárquico la opinion del país; envenenemos el aire de la opinion pública que las monarquías, como todo régimen político, tienen que respirar; hagamos que la monarquía se ahogue en esta atmósfera; tenemos medios para ello; empleémoslos, y la monarquía caerá asfixiada, muerta á nuestros piés. Hoy los partidos se apoyan en el trono; pues bien: hagamos que el trono tenga que apoyarse en los partidos; que no pueda prescindir de ellos; que cuando un partido abandone al trono, el trono caiga; hagamos á estos exigentes, amenazadores, que si el monarca no les obedece á ellos, traten ellos de deshacerse del monarca. Despues el ejército. Explotar la ambicion de muchos que se prestarán á ello; que cuando se vean desairados, cuando no se satisfagan sus miras personales, cuando no se les dé el ascenso que solicitan, ó no se cumplan las exigencias con que se presentan, pongan al servicio de la Revolucion la espada que recibieron del trono. Mas que hacer tenemos aun: infectar el aire del palacio, envenenarlo. Si hay allí infelices que no se venden porque nadie los compra, comprarlos, y comprarlos á cualquier precio, con dinero, satisfaciendo su ambicion. Sembrar por todos los recursos el descrédito en las altas regiones; y la monarquía caerá, porque habrá de caer, porque será entonces imposible el que no caiga; caerá de una manera fatal, inevitable; y mientras nosotros trabajamos para obtener este fin con nuestras relaciones, con nuestra influencia, por todos los medios que tengamos á mano, nos disponemos al mismo tiempo para poder levantarlos sobre sus ruinas.

—Muy bien pensado, dijo uno.

—Esto es todo un sistema, exclamó otro.

—Por hoy nada de accion, todo propaganda, gritaba un tercero.

Y mientras unos exclamaban: — Esto será muy largo, y otros: — Este es el expediente de los débiles, de los cobardes; una voz dominadora impuso silencio á la gritería que se empezaba á levantar exclamando:

—Basta de hablar. Manos á la obra. Á repartirnos inmediatamente los papeles.

—Empiezo yo por anunciaros, dijo el presidente, que me encargo de la opinion pública. Empezaré por publicar ciertas historias de palacio, ciertos misterios que muy pocos conocen. Pronto leereis todo esto en mi periódico.

Todos ofrecieron hacer otro tanto, segun sus tendencias y su posicion respectiva.

Acababa de diseñarse el plan de la obra revolucionaria. ¿Quién era el presidente de los carbonarios de la calle de Jacometrezo? D. Luis Gonzalez Brabo. Este, por aquella época, publicaba el célebre periódico que se titulaba *El Guirigay*; y á él se atribuyó, no sabemos si con razon ó sin ella, un libelo denominado: *Casamiento de D.<sup>a</sup> Maria Cristina de Borbon con D. Fernando Muñoz*.

Este mismo Gonzalez Brabo creyó mas tarde que debía consagrarse con todas sus fuerzas á combatir la obra revolucionaria. Pero no anticipemos los hechos.

Presenciamos otra escena bastante distinta. No pasa en una lógia, sino en un despacho ricamente amueblado; no es una reunion de varios hombres, no es un club ni una parodia de asamblea: es un diálogo entre dos personajes. Tenia lugar bastantes años despues; en marzo de 1866. En el club de los carbonarios se habia dicho: «Nada de accion, todo propaganda;» aquí estos dos personajes, sentados en sus lujosos sillones, con la calma propia de la alta posicion que ocupaban, decian: «Nada de propaganda, todo accion.» ¿Quién lo acertaba? La obra de propaganda no habia en veinte y cinco años producido su efecto; el plan de los carbonarios de la calle de Jacometrezo, muchos de los cuales pertenecieron despues á campos contrarios á la Revolucion, se declaraba infecundo. ¿Es que realmente lo era, ó que era

aun demasiado pronto para que pudiese producir sus resultados la obra iniciada desde tan larga fecha? Pronto vamos á verlo.

Los dos personajes eran, el uno de estatura regular, de anchos hombros, de pecho bien formado, de ordenadas facciones; á su rostro de color amarillento servíale de contorno una barba ni rara ni tampoco poblada, y dibujábase en sus descoloridos labios una sonrisa fría que, añadida á la expresión de su mirar siempre triste, era la revelación de su carácter melancólico. El otro era un hombre alto, robusto, de ancho pecho, de facciones abultadas pero bellas: sus labios delgados, su cuello corto, su mejilla rosada, su poblada barba, su aspecto gallardo y majestuoso, hacia de él una de las figuras mas interesantes de nuestra galería política. Estos dos personajes se llamaban D. Juan Prim y D. Salustiano Olózaga.

Escuchemos este diálogo que tanta trascendencia habia de ejercer en los destinos de España.

OLÓZAGA. — Creo que aprobáis el plan que acabo de exponer, y que estais resuelto á secundarlo.

PRIM. — No, D. Salustiano. Me llaman á mí calavera; pero es esta una calaverada que no trato de intentarla. Quiero librar al país de la tiranía de O'Donnell; pero no puedo seguirlos á donde tratais de llevarme.

OLÓZAGA. — Creéis que os voy á conducir hasta la república, y os equivocais.

PRIM. — Yo hasta la república no consiento en ir. Vos y yo somos demasiado viejos ya para tomar en política un nuevo punto de partida. ¿Creéis que yo he de trabajar para que mañana tenga que ir á ponerme á las órdenes de Pí y Margall, ó para que Castelar con redondeada frase se procure los frenéticos aplausos del pueblo echándole mi casaca con mis dos entorchados, á los gritos de *Ya no hay ejército?*

OLÓZAGA. — ¿Y creéis que yo he de querer la república para arrodillarme ante D. Nicolás María Rivero y recitar el credo republicano á los piés del pontífice de la nueva iglesia?

PRIM.—Pues entonces ¿qué os proponéis?

OLÓZAGA.—Nada mas que dejar el trono vacío.

PRIM.—Si esto no es la república, yo no sé lo que es.

OLÓZAGA.—Se vacía el trono para llenarlo despues.

PRIM.—Y quién os responde de que podremos hacerlo.

OLÓZAGA.—El sentimiento monárquico del país.

PRIM.—¿Y con qué lo llenaremos? ¿Con Espartero tal vez? Es hombre que apenas si sabe llevar el sombrero de general, mal, pues, le vendria la corona de monarca. Hasta para rey de teatro, Espartero es de un género demasiado bufo.

OLÓZAGA.—Tengo yo mi combinacion.

PRIM.—En este punto desconfio de todo. No conteis conmigo.

OLÓZAGA.—Y vos ¿qué proyectais?

PRIM.—Imponernos á la Reina á la fuerza.

OLÓZAGA.—Hoy podrá ceder si no tiene mas recurso; pero á las puertas del palacio estarán esperando los neocatólicos, y vuestros sucesores no serán ya los de la union liberal, serán los absolutistas.

PRIM.—Es que no cederemos el poder á nadie. Con nosotros caeria la libertad, y entonces, antes que la libertad, harémos caer la dinastía; y habiéndola derribado, nosotros, solo nosotros, nos aprovecharémos de la situacion.

OLÓZAGA.—Está bien. Vamos á un fin por distintos caminos. Yo quiero vaciar el trono, vos quereis anular la dinastía. Instituciones de esta clase para vivir necesitan ser libres; vos encadenando la dinastía la matais. Adelante.

PRIM.—Pongámonos de acuerdo. Qué es lo que haréis vos.

OLÓZAGA.—Insignificante ha de ser mi papel. Partid del principio de que no hay que contar con las masas. Es elemento muy difícil de organizar. Tienen que tocarse muchos resortes, y con esa gente es imposible salvar el misterio en que debemos envolvernos. Por otra parte las masas no tienen armas, no tienen disciplina.

PRIM. — Quereis decir que la batalla debe darla un general.

OLÓZAGA. — Y este sois vos.

PRIM. — Está bien; yo la daré, y la daré pronto; os digo mas: el triunfo es seguro.

¿Con qué elementos contaba Prim para asegurar el éxito?

El general Prim contaba con D. Baltasar Hidalgo, capitán del cuerpo de artillería. Este, para obrar con mas libertad, empezó por pedir su licencia absoluta; de esta suerte, sin compromisos, pudo disponer el movimiento insurreccional de la guarnicion de Madrid de que estaba encargado, en lo que trabajó con el celo propio de su enérgico y activo carácter. Mas adelante tendrémos que ocuparnos del Sr. Hidalgo, que no deja de ser en la época revolucionaria un personaje histórico de mucha importancia, pues la situacion en que estuvo colocado respecto al cuerpo de artillería, á consecuencia de los acontecimientos que venimos reseñando, ha influido grandemente en la marcha y desenlace de la Revolucion.

Contábase tambien con otro progresista muy conocido, y en quien el general Prim manifestaba entera confianza: era Moriones, elemento por cierto nada despreciable para el golpe que se venia preparando, ya que á Moriones no pueden negársele cualidades de valor y arrojo. Las exigencias del plan concertado con muchos y poderosos recursos impidieron la permanencia en Madrid del coronel Moriones. Una junta, que trabajaba con asiduidad, y que procuraba proveer á todo, aunque tenia que realizar sus trabajos en el misterio, pensó en reemplazar á este con el general Pierrad, que habia sido primero conservador y hombre de hábitos monárquicos y de educacion aristocrática; pero que se hizo despues progresista, y acabó por llegar hasta los confines del campo revolucionario. Mas para que Pierrad se pudiese en inteligencia con Prim mediaba un inconveniente no pequeño. Siendo segundo cabo de la capitania general de Madrid manifestó mucho celo en perseguir y prender á

Prim, y esto el jefe progresista no se lo perdonaba. Pero mediaron algunos amigos; se echó un velo sobre pasadas rencillas, y desde entonces Pierrad fue el alma de la conspiración. Véasele andar de uno á otro sitio, presentarse ora á un club, ora á una reunion, ora á un personaje que se creyere habia de prestar algun servicio. Hizo mas: el general Pierrad traspasaba los límites del celo; la conspiración acabó por ser en él una manía, y tan léjos le llevaba esta manía que llegó á considerar la sublevación como una campaña, y Madrid como un campo de batalla; así es que se le veia en su despacho consultando tratados de estrategia, estudiando mapas topográficos de la capital de la nación, pensativo, haciendo y deshaciendo planes de campaña. Tan pagado estaba de poder ser el Molke de la Revolución que llegaron momentos en que se temió que su intemperancia llegase á perderlo todo: los iniciados en el plan creyeron deber aconsejarle que se escondiese, y ya disfrazado de campesino, ya de cura le hacian andar de un lugar para otro. Bastante llegó á hacer, sin embargo, conforme puede colegirse por la siguiente conversacion:

PIERRAD.—Todo lo tenemos ya preparado D. Juan; falta solo que señaleis el dia.

PRIM.—Ya lo está: el 22 de junio. Contamos con Moriones, con Hidalgo, con vos; no faltan jefes superiores para dirigir el movimiento.

PIERRAD.—Esto dejadlo para mí. El plan es infalible, todo está previsto; y además la gente trabajará muy bien.

PRIM.—¿Contais tambien con jefes inferiores?

PIERRAD.—Estos se muestran bastante reacios. Los unos no quieren comprometerse, los otros son adictos al Gobierno, y los que se comprometerian dicen que necesitan de su paga para vivir, y que si no sale bien no quieren, privados de sus grados, verse en la precision de ir á Portugal ó á Francia á trabajar de peones camineros. Es la única contrariedad.

PRIM.—Pero es una contrariedad bastante pequeña si en

su lugar contamos con sargentos. Ellos, atendida la actual organizacion militar, están mas en contacto con el soldado, le conocen mejor y pueden reducirle mas fácilmente.

PIERRAD.—Sargentos no faltan, D. Juan.

PRIM.—Lo supongo. Con darles á entender que ascenderán á tenientes, y excitar su rivalidad natural con los oficiales, se hacen nuestros.

Para redondear el plan, á las nueve de la noche del 20 de junio se presentó Hidalgo en una casa de la calle de San Ignacio, donde se reunian los militares y paisanos que entraban en la conspiracion, á quienes manifestó que lo tenia ya todo perfectamente dispuesto. De allí pasó á verse con los del comité, y por último con el general Pierrad para que á la hora nada faltase.

Jamás sedicion alguna tuvo en su favor tantos y tan bien dispuestos elementos; pues se manifestaban resueltos á llevar á cabo la insurreccion el quinto regimiento de artillería de á pié, el segundo batallon del sexto regimiento de á caballo, el primer regimiento montado, el regimiento de infantería del Príncipe, el regimiento de infantería de Asturias, el regimiento de infantería de Búrgos, cuatro compañías del batallon cazadores de Figueras, otras cuatro del batallon de Ciudad Rodrigo y algunas compañías del regimiento de Isabel II que un capitán comprometido ofreció traer de Leganés.

Las fuerzas que no habian podido ganarse se reducian tan solo á unos mil hombres del cuerpo de ingenieros, el primer tercio de la Guardia civil y la caballería; y aun la accion de esta habia de quedar imposibilitada, porque el batallon cazadores de Figueras, que se hallaba en el cuartel llamado del Conde Duque, habia prometido aprovecharse de su situacion para entorpecer la salida de los caballos.

Llega la noche del 22 de junio. Era una noche oscura y tempestuosa. Gruesas gotas de agua que caian de vez en cuando hacian que las gentes que no entraban en el plan, se retirasen de las calles algo antes de lo que se acostumbra

en Madrid. La noche, pues, era la mas á propósito para una sublevacion. Hasta el cielo parecia manifestarse favorable. De parte del Gobierno nadie vigilaba, porque nadie sospechaba lo que iba á suceder. Al amanecer habia de estar tomado el palacio, y en Madrid, y despues en toda la Península, la sublevacion triunfante. Hasta se creia disponer de la guardia situada en el ministerio de la Gobernacion, lo que daria lugar á que, apoderándose los sublevados del telégrafo, pudiesen desde las primeras horas anunciar á las provincias la victoria de los revolucionarios. El gobernador militar, general Cervino, se habia acostado desde muy temprano. O'Donnell recibió un anónimo concebido en los siguientes términos.—«Esta noche la Revolucion os dará la batalla y saldréis «vencido;» pero O'Donnell leyó el papel con la mayor sangre fria, y si sospechó que tal vez pudiese verificarse la lucha, no abrigó la menor duda acerca el triunfo, porque O'Donnell era hombre que, teniendo como tenia gran fe en su destino, acostumbraba á despreciar todos los peligros. Hasta los balcones del palacio del duque de Sexto, al través de los cuales se divisaba otras noches la luz de algunas habitaciones, en testimonio de que el gobernador de Madrid vigilaba, permanecian completamente cerrados. Todo estaba en tinieblas.

Á las tres de la madrugada, las calles de Anton-Martin, de Fuencarral, del Desengaño, de la Luna, ofrecian un aspecto algo fantástico. En medio de la oscuridad, protegidos por aquella soledad y aquel silencio veíanse en las esquinas unos grupos misteriosos, hombres que iban y venian manifestando cierta inquietud, una agitacion visible, sombras que aparecían para desaparecer inmediatamente. Todo eran cuchicheos. Lo que al principio no era mas que impaciencia empezaba á convertirse en zozobra. Á pesar de la oscuridad de la noche, el crépúsculo se anunciaba con sus primeros albores. Habia llegado la hora en que debia haberse hecho todo; y sin embargo, aun no se habia hecho nada. Á esperar á que amaneciese, el plan quedaba frustrado. Se

habia concebido para realizarlo entre tinieblas; no debia, pues, esperarse á que viniese el dia, porque la luz natural era un dato que no se tuvo en cuenta.

Dos horas habian transcurrido y la señal no se daba. Todos estaban ansiosos; las tropas comprometidas, los paisanos, de quienes se echó mano para que sirviesen de auxiliares. — ¡Si habrá fracasado el movimiento! Si algun traidor nos habrá vendido! Hé aquí lo que se oia por lo bajo en aquellos grupos misteriosos.

De todo tenia la culpa un juego de tresillo. ¡Quién lo habia de adivinar! Tantas combinaciones, tantos planes, tanta seducción, tanto dinero derramado, un juego de tresillo iba á inutilizarlo todo; y tantos hombres no acudian á tomar los fusiles solo porque á unos oficiales no les habia ocurrido soltar la baraja. No sabian algunos de ellos que al poner una pieza de plata sobre un naipe ponian allí su vida; pero la causa de la Reina tuvo sus mártires, y la dinastía alcanzó dos años mas de existencia.

Hé aquí lo que pasó.

La consigna era que los sargentos del cuartel de San Gil, tan pronto como se hubiesen acostado los oficiales, se apoderarian de las llaves del cuartel, cuyas puertas se abririan á las dos de la madrugada, debiendo empezar á aquella hora la insurreccion. Dieron las dos, y el cuartel de San Gil, cerca del cual se encontraban el capitán Hidalgo, para ponerse al frente del movimiento militar, y D. Manuel Becerra, para dar direccion á los paisanos, no abria sus puertas. Unos oficiales jugaban tranquilamente en el cuarto de banderas, sin sospechar que escitaban desde allí la impaciencia, el frenesí, casi la desesperacion de millares de hombres. De aquellos oficiales el que perdia queria tomar la revancha, y así perdiendo y ganando se pasaron dos ó tres horas mas de lo que era de costumbre. Los sargentos, impacientes, contemplaban la luz del cuarto de banderas que no se apagaba. Iban atisbando junto á la puerta esperando la hora en que los oficiales se sintiesen

rendidos por el sueño; todo era inútil: el juego llevaba trazas de alargarse hasta muy entrado el día. — Fuera de sí, frenéticos algunos de los comprometidos, hubieron de exclamar: — ¡Vamos á perderlo todo! y cogiendo sus carabinas, las amartillan, y entrando en el cuarto las ponen á la cara de los oficiales, quienes estaban muy léjos de esperar tan ruda acometida.

Sobrecogidos por la sorpresa, comprenden los oficiales la inutilidad de toda resistencia, y es tal el éstupor, el aturdimiento de que se sienten poseidos ante una íntimacion escrita en las bocas de las carabinas, que parece van á ceder, no impidiendo que sus agresores se apoderen de las llaves del cuartel; pero suena de improviso un tiro, y uno de los insurrectos rueda por el suelo hecho cadáver. El capitán Torreblanca, que se hallaba dormido, y de quien no se apercibieron los sublevados, porque le cubria la hoja de la mampara que ellos abrieron al entrar, viendo lo que sucede, dispara el revolver, y mata al que capitanea á los sublevados; vuelve á disparar, y otro de los insurrectos cae herido. Entonces la lucha toma un carácter cruel, sangriento, en que de parte de la sublevacion está el número, la fuerza, las armas; mientras que de parte de la disciplina solo está el valor de aquellos oficiales desprevenidos, desarmados; pero que defendieron con heroismo la honra de la artillería, cuya fidelidad venia siendo proverbial, y que la consideraban como uno de los timbres mas gloriosos del cuerpo. El resultado de la lucha era fácil preverlo. Los oficiales no podian aspirar á otra cosa que á morir; pero con su resistencia de héroes desbarataron la conjuracion. La bandera revolucionaria apareció desde aquel momento teñida de una mancha de sangre; y ya tendremos ocasion de ver cuánto ha influido esta mancha de sangre en el drama revolucionario.

Una conspiracion es un mecanismo que consta de muchas ruedas; si al estallar alguna de ellas se atasca, acaba por pararse ó por entorpecerse todo el mecanismo. Diríase que habia de ser una ventaja para la sublevacion la muerte d

aquellos jefes, pues eran elementos de menos que no podrian ya hostilizar el movimiento. Pero los tiros del cuartel de banderas hubieron de llamar la atencion de Hidalgo, que estaba conversando con D. Manuel Becerra. Penetra aquel en el cuartel, y para evitar mas desgracias é impedir que fracasase el plan si subian los oficiales á los dormitorios, manda que los artilleros salgan sin órden de formacion. El coronel Puig y el comandante Valcárcel, que intentan oponerse á la insurreccion y tratan de llamar á los artilleros á su deber, mueren tambien. En el cuartel del regimiento de á caballo se verificaron hechos parecidos; del cuartel de la Montaña solo comparecieron unos ochenta hombres y tres sargentos del regimiento del Príncipe, únicos que habian podido sobreponerse á la resistencia de los oficiales.

Las fuerzas salen á la desbandada; así fue que la sublevacion, que creia contar con un ejército, se encontró con un somaten. Tropas que habian de llegar no llegaban; esperando sin duda á última hora, que acostumbra á ser la mejor para sublevaciones, pues sin que haya tanto peligro se suele recibir el mismo premio. En estos casos son muchos los que quieren ser los últimos en comparecer á la cita, reservándose el derecho de ser los primeros en recoger el botin.

Acabó de desconcertar á los sublevados el hecho de que el regimiento de Búrgos, con quien se contaba para la sublevacion, cediendo al prestigio de sus jefes dispara sus armas contra los sublevados.

Si hubo debilidad y torpeza por parte de los insurrectos, hubo actividad, inteligencia y decision por parte del Gobierno.

O'Donnell, solo, se lanza á la calle; Serrano, con una sangre fria, con una imperturbabilidad admirable, sube por la cuesta del Príncipe Pio, y cuando los soldados empuñaban ya las armas para correr en ayuda de la insurreccion, se presenta ante ellos con su uniforme de general, les dirige

una mirada dominadora, les arenga, y fascinados por el prestigio que logra obtener sobre ellos, les arrastra, casi podemos decir, á pesar suyo, á batirse contra aquellos mismos con quienes tenian hecho un pacto de alianza. Trábase la lucha en los cuarteles y despues en las calles; en cada encrucijada se libra un verdadero combate empeñado con esa bravura propia del soldado español, que nunca desmiente el ardor de su raza.

Al llegar la noche todo habia concluido. O'Donnell satisfecho de la jornada se presentó á la tropa gritando:

— ¡Viva la Reina! La insurreccion está vencida.

Entretanto, Pierrad completamente desconcertado, habia ido á buscar un refugio en el palacio del duque de Alba. Luego que se hubo repuesto del susto mas que regular que pasó al verse abandonado en el Póstigo de San Martín, un poco repuesto de la contusion que habia sufrido al besar el suelo derribado por su caballo que resbaló en el asfalto de la calle, sentóse junto á una mesa y con los dos codos apoyados en ella y la frente sostenida por ambas manos, despues de sacar de su cartera el plan de campaña, á que nos referimos antes, el general satisfecho de su obra que la encontró mas perfecta que nunca, meneando la cabeza, exclamó:

— No hay duda alguna; todo estaba perfectamente dispuesto; el plan era infalible; pero, ¿quién habia de prever que sonasen á deshora los malditos tiros del cuartel de San Gil? El mejor general del mundo se hubiera estrellado ante un incidente tan imprevisto.

Y recogiendo el papel, doblólo cuidadosamente, y dijo metiéndolo en la cartera:

— Probarémos otra vez.

Pierrad, que no tuvo ni pudo tener jamás motivos de disgusto con la monarquía, no se separó de ella por resentimiento personal: conservador de fecha muy antigua, si se pasó á los revolucionarios, no fue sin duda porque tuviese poca ni mucha fe en sus ideas. Pero iba haciéndose viejo y

no era cosa de marcharse de este mundo sin haber demostrado sus cualidades de general. Temeria llegar tarde á poco que esperara, y, en el muy fundado temor de que la causa del órden no llegaria nunca á utilizar su espada colocándole en primer puesto, creyó del caso ofrecerla á la Revolucion, donde si abundaban los sargentos, escaseaban los generales, y allí esperaria nuestro hombre ocasion de poder lucirse.

Hidalgo, oculto en una taberna, pudo oir desde allí las imprecaciones de las gentes del pueblo que habian tomado parte en la insurreccion, y que entre explosiones de rencor repetian el eterno estribillo de las turbas cuando pierden:

— ¡Nos han vendido!

Sentada la Reina en su trono hubo de conmovirse al sentir el estallido que produjo la insurreccion, cuya importancia no fue posible ocultarle; D.<sup>a</sup> Isabel experimentó la fuerte sacudida que su régio solio acababa de sufrir, y llegó á temer el no poder soportar una segunda embestida. Juzgó del caso procurar que lo que se habia ganado con la fuerza no se perdiese con culpables debilidades; estimó oportuno precaver el que la victoria alcanzada en las calles de Madrid no se perdiese en las regiones de la política. La Revolucion entonces era ya fuerte; el trono tambien lo era: se venció á los sublevados pero quedaba en pié la Revolucion con su espíritu, con sus elementos, con sus jefes. D.<sup>a</sup> Isabel cree llegada la hora de repeler la fuerza con la fuerza.

Es cierto que O'Donnell, como si tratase de inaugurar una situacion de resistencia logró hacerse investir de poderes dictatoriales; pero esta política carecia de autoridad para ejercerla el hombre, que si algo representaba, era un sistema de concesiones al liberalismo que nunca se da por satisfecho. Por otra parte, desvaneciósse con la sublevacion del 22 de junio la auréola de consideracion de que O'Donnell pretendia aparecer rodeado. Mientras pudo creerse que, estando al frente del gobierno O'Donnell, los partidos de oposicion liberal nada intentarían contra el trono; que el presti-

gio de que gozaba era tal, que el solo hecho de que O'Donnell fuese el presidente del Consejo, habia de bastar para que nunca se aflojasen los vínculos de disciplina del ejército, el jefe de la Unión Liberal representaba algo; pero la intentona del 22 desvaneció todas estas ilusiones. Además, una de dos: ó tuvo O'Donnell conocimiento de la conspiracion ó no lo tuvo: si teniéndolo no trató de impedir la, de deshacerla desde los primeros momentos, sino que esperó á que los sublevados se lanzaran á la calle, era este una temeridad que pudo haber costado muy cara; si ignoró una conspiracion que hubo de mover tantos resortes y acudir á tantos elementos, revelaba esto de parte del gabinete una insigne torpeza. Habíase ofrecido á D.<sup>a</sup> Isabel desde los primeros instantes un general, protestando de que antes que la Revolucion se acercara al trono, por muy fuerte que fuese, le encontraria árido á él, teniendo que pasar sobre su cadáver: era el jefe del partido moderado D. Ramon María Narvaez. Manifestó este su decision saliendo á batir á los sediciosos, recibiendo un balazo en la calle.

Los hechos del 22 de junio tenian un carácter algo mas grave que el de una mera sublevacion militar; á juzgar por sus síntomas aquello no era ya un pronunciamiento con el fin de derribar un gabinete y hacer triunfar una política determinada en favor de este ó aquel partido: la sublevacion del 22 de junio presentó un aspecto mucho mas grave.

Narvaez, comprendiendo los riesgos que habia de correr la dinastía, ofreció realizar una coalicion de unionistas y moderados contra la Revolucion que iba acrecentando sus fuerzas. La Reina propuso aun mas: propuso que en la alianza entrasen tambien los progresistas dinásticos. O'Donnell fue quien se resistió á la realizacion de este proyecto.

Preséntase O'Donnell á la Reina con una nueva hornada de senadores. La Reina observa á O'Donnell que le parecia injustificada la aparicion de estos nombramientos cabalmente cuando iban á cerrarse las Cortes. O'Donnell, sin ale-

gar ninguna razon en su favor, dijo á D.<sup>a</sup> Isabel, en tono algo desabrido:

—Dentro de tres horas volveré por la respuesta definitiva. Medítelo bien V. M. Si no se me firman estos nombramientos, presentaré mi dimision.

Despues de estas frases pronunciadas con bastante sequedad, ante un acto que tenia todo el carácter de una imposicion, y casi las formas de una amenaza, la Reina juzgó que lo que convenia á su decoro, á su dignidad, era insistir en la negativa, como efectivamente lo hizo manifestando que despues de meditarlo maduramente continuaban pareciéndole inoportunos aquellos nombramientos.

Acontece muy frecuentemente que el hombre que ha subido á las primeras eminencias sociales, se forja allí un mundo ideal bastante distinto del mundo de la realidad. Cuando este fenómeno se verifica en un individuo aislado puede ser un mal pequeño; pero si se trata de una personalidad política que representa toda una agrupacion, entonces los desvanecimientos, los vértigos que allí se sufren acaban por ser fatales. O'Donnell, en el mundo de sus ilusiones figurábase ser, no el soldado de la monarquía, sino su apoyo, su único sosten. Trás de sí no veia sino la reaccion con sus abusos. Llegaba á persuadirse de que, abandonándolo él, el trono habria de caer, ya fuese de espaldas, por el peso de la reaccion, ya fuese por delante empujado por los demagogos. ¿Es que se figuraba que el trono estaba tan bajo como él, ó que él estaba tan alto como el trono? En la primera suposicion debia sentir remordimientos por haber contribuido tambien por su parte á que una institucion descendiese hasta el nivel de un hombre; en la segunda era excesiva soberbia el que un hombre se creyese tan alto como una institucion.

De todas maneras, O'Donnell colocado en el poder se juzgaba como inamovible, toleraba que D.<sup>a</sup> Isabel fuese la reina que reinase, con tal de ser él el rey que gobernase. Verse derribado del sillón presidencial por la Corona, cuan-

do él, despues de los sucesos del 22 de junio se tenia por su salvador, hecho era este que O'Donnell lo avaloraba como una ingratitud imperdonable; él, que habia puesto delante de la dinastía para ampararla la barrera de una dictadura casi omnipotente, hubo de irritarse al ver que de esa dictadura, que se figuraba pertenecerle á él por derecho de conquista, habia de aprovecharse Narvaez, nada menos que Narvaez, su rival, el hombre á quien O'Donnell en su altivez consideraba ya como arrinconado en el museo de antigüedades políticas.

O'Donnell era de esos hombres que no temia los riesgos; hasta á veces llegaba á provocarlos para manifestar su superioridad. Ante el peligro sabia dominarse completamente; nunca conoció el miedo: en medio de las tempestades que se levantaron junto á él aparecia siempre calmado, siempre imperturbable, y así conservaba su serenidad en las batallas del campamento como en las luchas parlamentarias. Pero O'Donnell que ante un peligro se manifestaba una gran figura, al verse contrariado, herido en su amor propio, entonces se veía en él al hombre con todas sus pequeñeces; se ponía pálido, la sangre se le inyectaba en los ojos, veíasele enteramente desconcertado.

Al salir O'Donnell de la Cámara Real se presentó á sus compañeros de ministerio, y les dijo, con una emocion que se revelaba en todo su semblante:

—Nos despiden como lacayos. Ya no pisaré mas el palacio real mientras sea reina D.<sup>a</sup> Isabel II.

La gravedad de la frase estaba en que la expresion del despecho de un hombre era el impulso dado á un partido que no dejaba de ser muy poderoso para que siguiera en adelante una nueva política. Al fin, si se hubiese tratado de un hombre, solo era un afiliado mas en la bandera antidinástica. Este hombre murió, y murió antes de la Revolucion de setiembre. Quizás queria ver como se venia á bajo el trono de Isabel II, ya para decir con su sonrisa de escéptico y con la satisfaccion de una vanidad satisfecha, si se der-

rumbaba sin necesidad de que él contribuyese á la catástrofe;

—Ved sin mí como se cae; y si se precipitaba cooperando él á la obra revolucionaria;

—Ved como se ha caído.

Dios no le permitió esta satisfaccion.

Quizás al derribarse el trono se hubiera espantado ante el precipicio que se abria á sus piés, y olvidando su resentimiento habria cooperado á sostenerlo.

Dios no le permitió esta gloria.

O'Donnell murió sin ver la caída del trono; pero quedaba una gran parte de la agrupacion política que él capitaneaba, la cual repitió como él:

—Nos despiden como lacayos. Ya no pisarémos mas el palacio real mientras sea reina D.<sup>a</sup> Isabel II.

Claro es que no habian de resignarse á estar perpetuamente alejados del palacio los que durante mucho tiempo fueron los que mas lo frecuentaron. ¿Qué habian de hacer los que no querian subir al palacio mientras fuese reina doña Isabel II sino trabajar en que D.<sup>a</sup> Isabel II bajase de él?

Y aquí empieza la obra revolucionaria con toda su imponente gravedad.

Hasta entonces la Revolucion tenia jefes de pandilla como Prim, iba á tener generales como Dulce; contaba con notabilidades de club, iba á contar con notabilidades de corte como Serrano; á favor de la Revolucion estaban escritores como Barcia, estos que levantan la mano mucho antes de asestar el golpe, tuvo ya literatos que saben ocultar la rudeza del fondo con la pulcritud de las formas, como Lorenzana; hablaban en su nombre oradores elocuentes como Castelar, enérgicos como Rivero, pero no oradores hábiles como Posada Herrera, ni intencionados como Rios Rosas; tenia progresistas, demócratas, pueblo, que eran las guerrillas de la Revolucion; pero le faltaba el verdadero ejército, militares de carrera, hombres que ejerciesen influencia en el mundo de la industria, del comercio: todo

esto le proporcionó la desercion de una gran parte de los unionistas.

El programa de la calle de Jacometrezo desde bastante tiempo que se venia realizando, sino con completa inteligencia, al menos con mucha tenacidad. ¿Qué importaba que la dinastía fuese inviolable, que las leyes la colocaran sobre los ataques de los partidos? No faltó habilidad para combatirla sin manifestar que se saliese de la ley, sin exponerse sus enemigos á ser tratados como facciosos. Se encontró una palabra: *obstáculos tradicionales*. Todo el mundo sabia la significacion que era menester dar á esta palabra. Y se desprestigiaba á la Reina, se la escarnecia, no solo en libelos, en hojas clandestinas ó en indecentes caricaturas, sino en los periódicos, en el seno mismo de la Representacion Nacional. Acudiendo al recurso de los *obstáculos tradicionales* se la combatia en su vida pública como en su vida privada; como reina y como mujer. Nada, ni lo mas augusto de la familia, ni lo mas sagrado del hogar era respetado.

El año mil ochocientos sesenta y cuatro se celebraban exequias en honor del padre de la Reina; y mientras se cumplia con este deber de piedad, mientras un sacerdote pronunciaba desde el púlpito la oracion fúnebre de Fernando VII, en los periódicos democráticos se mortificaba á doña Isabel II, con artículos escritos en la hiel mas amarga del odio antidinástico.

«Hoy hace treinta y un años, se decia en uno de ellos, que espiró este rey funesto; este rey que ha manchado nuestra historia y ha envilecido nuestra política... Espiraba en este dia el hombre funesto, sin amigos, divorciado del partido en cuyas aras lo sacrificara todo, desobedecido por su hermano mayor, abominado de la teocracia á quien sirviera, oyendo los gritos de los liberales en armas á las mismas puertas de su palacio, y de los facciosos en armas á las mismas puertas de su monarquía; dudando de la suerte de su esposa y de sus hijas, viendo aparecer, sobre su lecho de agonía, los destellos de la revolucion que habia creído apa-

gar con sangre; corrompido por gangrenosos males su cuerpo, y por la desesperacion su alma: todo podredumbre. Jamás se conoció rey que haya sido tan cruel como Fernando VII. Quince mil expatriados en 1814; veinte mil en 1823; seis mil españoles sacrificados por sus venganzas en los cadalsos; doscientos cincuenta mil muertos por sus errores en los campos de batalla, ya en mar, ya en tierra, dicen cuán grande y cuán negra debia ser la mancha de sangre con que en aquella alma se presentaria ante el juicio de Dios...

«Nacido en una corte corrompida su conciencia no tuvo un dia sereno. Sus primeros enemigos fueron ¡qué horror! sus padres. Contra ellos dirigió las primeras asechanzas de su carácter; sobre la humillacion y la vergüenza de ellos alzó sus primeras ambiciones...

...«Tenia en el ánimo de Fernando VII la ingratitud su propia habitacion. Libre en 1814 por los heróicos sacrificios del pueblo español, ¿qué debió hacer? Ocultar con sus liberalidades las miserias del cautiverio. ¿Qué hizo? Mostrarse mas enemigo del pueblo español que los extranjeros vencidos. Su primera idea fue borrar el código á que fiaban los españoles la libertad; su primera accion encarcelar á los que habian escrito ese código y evocado esa libertad. Doce mil españoles sufrieron la pena de proscripcion. Para todos los hombres mas ilustres de España fue la libertad de Fernando VII señal de cautiverio. Todos los que podian enaltecer al país estaban en el destierro ó en la cárcel. El poeta clásico Gallego; Quintana, nuevo Tirteo de la independencianacional; Argüelles, de cuyos labios comenzó á brotar la elocuencia política española; Muñoz Torrero, que esparció con su soplo las cenizas de la Inquisicion; Moratin, nuestro primer dramático de aquel tiempo; el dulcísimo Melendez; Lista, Marchena, Mora, restauradores de las letras, todos gemian en el destierro ó en la cárcel, como si la luz gloriosa que despiden sus auréolas hiriese los ojos del déspota. La crueldad era tanta que no perdonaba ni á las familias de las inocentes víctimas. La mujer que hubiera cumplido con su

deber, acompañando á su esposo en la emigracion, era castigada como criminal, y quedaba para siempre fuera de España. Así la tiranía que se cree en su soberbia imágen de Dios, castiga como crímenes las virtudes que Dios premia con premio inmarcesible... El ánimo se abate al recordar tristezas que han amargado los días de nuestros padres, que han cubierto de luto nuestra misma cuna. Nos hemos propuesto conservar vivo el horror á los tiranos, y estos hechos bastan. Decía un historiador contemporáneo, hablando del entierro de Fernando VII: «Al bajar al panteon el féretro, «rompieron con él una grada de piedra para que hasta su «muerte causase ruinas, y durante la última ceremonia, era «tal el hedor, que la comitiva no podia resistirlo, y algunos «individuos se desmayaron. Imágenes vivas del reinado de «Fernando, porque en el sepulcro, exhalados las aromas de «la lisonja, solo queda la verdad, y la verdad de la tiranía «es toda corrupcion.»

No hemos copiado sino algunos fragmentos de este artículo. La historia tiene derecho indisputable á juzgar la conducta del rey D. Fernando VII; podrá ser severa en sus fallos; pero el lenguaje del apasionamiento, de la violencia, no es el lenguaje de la historia que debe presentarse con la majestad de la justicia. Esto dicho, no en un libelo clandestino, sino en un periódico de Madrid que penetraba en todas partes, pues se encontraban medios para hacerlo llegar hasta la misma cámara real; este lenguaje repetido en los cafés, en los casinos, en los cuarteles, era un rudísimo ataque contra doña Isabel como á reina y como á mujer; esto era herirla en lo mas delicado que hay para un corazon que es la familia; esto era para la hija de Fernando VII penetrar en el sagrado del hogar para escarnecerla, era señalar su cuna y decir que aquella cuna se habia mecido en el lodo. Y decirlo al celebrarse el aniversario de la muerte del padre de la Reina, tenia esto todavia un carácter mas grave; pues era profanar el religioso silencio de la tumba, era empeñarse en penetrar en el fondo de un sepulcro para maldecir los res-

tos que dormían el sueño de la muerte; era revolver en el cieno aquellas cenizas para echarlas al rostro de una señora, únicamente porque representaba una institución inviolable.

Y lo digno de notarse es que después de echar á los cuatro vientos de la publicidad en un periódico político, á ciencia y paciencia del gobierno, á la sombra de su tolerancia, un escrito de esta clase; cuando una persona oficial, que percibía sueldo del Estado se ocupaba de esta suerte en remover las cenizas de un cadáver en el día destinado á elevar preces en su memoria, cuando se publicaba aquí lo que no hubiera podido publicarse en ningún país monárquico del mundo, aun había calma suficiente para decir que la prensa se hallaba cohibida, el escritor amordazado, que los periódicos gemían oprimidos bajo un régimen inquisitorial; que España era la Polonia del Mediodía, que un trono despótico abría un abismo entre nosotros y la Europa, que éramos una nación de esclavos del neocatolicismo donde los hombres libres encontraban cadenas por libertad y calabozos por patria. Y revolviéndose estos publicistas contra la persona del monarca, declaraban guerra á muerte á la dinastía, no de una manera encubierta, sino que con un atrevimiento que no registra otro igual la historia de ningún pueblo regido por formas monárquicas, se decía señalando el trono: *Delenda est Cartago*.

Alguna muestra de un artículo que vió la luz en *La Democracia* con este título, ó lo que es igual: ¡Abajo la dinastía! nos dará la correspondiente medida para que sepamos apreciar hasta donde llegaba la rudeza de los ataques.

«¡Qué decadencia! Después de medio siglo de revoluciones, decíamos entonces, la palabra muda, la imprenta rota, la cátedra herida, el derecho de reunión proscrito; y sobre este mundo de la electricidad y del vapor, las sombras del histerismo monástico del siglo XVII; y sobre el ruido de las máquinas, sobre el rechinar de la imprenta, los conjuros y

los sortilegios de los tiempos del fanatismo, *Delenda est Cartago.*

...«No es posible aquí la imprenta libre; no es posible la tribuna libre; no es posible el derecho de reunion libre; no es posible ninguna, absolutamente ninguna de esas libertades que son la honra de los pueblos modernos, que son el alma de la civilizacion, que son el resultado primero del progreso. *Delenda est Cartago.*»

...«Cuando consideramos estas cosas, cuando vemos las camarillas que influyen, la política que nos envilece, los comicios que se usan, la corrupcion electoral que crece, las bandas de apóstatas que se lanzan sobre el país como los cuervos sobre el cadáver, los conventos convertidos en asamblea, y las asambleas convertidas en conventos; cuando vemos todo esto, las alas del corazon se caen; y si fuera estrella nuestra que hubiese de durar mucho tiempo, bien podríamos abandonar no solamente los comicios, no solamente la prensa, sino tambien la patria, esta tierra que guarda los huesos de nuestros padres, la patria, para ir á buscar, como los puritanos de Inglaterra, en cualquier rincon del mundo, otra tierra donde pudiéramos recibir el único rayo de sol que llega hasta las profundidades del espíritu; el rayo del sol de la libertad. *Delenda, delenda est Cartago.*»

No se limitaban los demócratas á denostar á la Reina, escarneciendo la memoria de su padre, y á amenazarla con derribar su trono. Al querer hacerla saltar de su solio trataban de hundirla en el desprecio público, y para lograr su fin los escritores demócratas se aprovechaban de todo, hasta de los rasgos de generosidad salidos del corazon de Isabel II.

El presupuesto de 1864 á 1865 ascendia á la cantidad de 2.558.550,840 reales, lo que hacia indispensable que el gabinete tuviera que exigir á la nacion, ya bastante cansada, un nuevo sacrificio, imponiéndole un anticipo forzoso. Desde la altura de su trono Isabel II oia los lamentos de la nacion cuando se hallaba sobrecargada de gabelas; al través de la niebla de lisonjas y de engaño que acostumbra á in-

terponerse entre reyes y pueblos, la Reina contemplaba las escenas de desconsuelo á que habia de dar lugar el anticipo. Pero ¿qué hacer? ¿Procurar que se rebajara de algunos millones el presupuesto? Esta no era cuestion que la Reina hubiese de resolver; sus ministros responsables la habrian estudiado con datos de que carece la persona del monarca. No se le olvidaba la frase de Bravo Murillo:—«En España se quiere vivir á la moderna y pagar á la antigua.» ¿Habia entonces D.<sup>a</sup> Isabel de sacar de sus arcas algunos millones y entregarlos al Erario para atender á sus necesidades? Estos millones no los tenia. ¿Habia de pedir á algun Banco que le devolviese capitales suficientes para realizar un acto de esplendidez soberana?

Ninguna caja nacional ni extranjera le guardaba un solo céntimo. Atenta á satisfacer las necesidades de su dadivoso corazon, llegaba á olvidarse de sí misma, hasta el punto de no saber prever que un dia quizá, tuviese que salir del palacio para ir al destierro. En esto, cuantos han conocido á D.<sup>a</sup> Isabel le hacen justicia. Nunca se llamaba inútilmente á su liberalidad. Si Isabel I se desprendió de sus joyas para añadir á su corona el florón de un Nuevo Mundo, Isabel II se desprendió mas de una vez de sus ricos aderezos para socorrer miserias tanto mas sensibles, cuanto que no podian manifestarse; actos de desprendimiento tanto mas cristianos, cuanto que conforme al consejo evangélico, ignoraba la mano izquierda lo que hacia la derecha, pues pocas eran las personas que llegaban á tener noticia de tales generosidades. Ella sostenia de su peculio particular huérfanas y viudas de enemigos de su trono y de su persona proporcionándoles respetables pensiones; y todos cuantos la trataban de cerca saben la satisfaccion particular que sentia enjugando lágrimas. D.<sup>a</sup> Isabel, que se desprendia de su dinero para socorrer necesidades particulares; para atender á una necesidad de la nacion se desprendió de sus propiedades, entregando su patrimonio. Fue un acto de generosidad digno de una reina.

Cuando el presidente del Consejo de ministros dió cuenta á las cámaras de este rasgo de Isabel II, estalló en las Cortes una indescriptible explosion de entusiasmo; colgáronse las fachadas de los edificios de Madrid, y hubo por la noche espléndidas iluminaciones. Al dia siguiente, mientras las músicas que recorrían las calles; mezclando sus acordes con el tañido de las campanas, llevaban la alegría á todos los ámbitos de la poblacion, los espendedores de periódicos pregonaban la *Democracia*, en la que se leia un artículo firmado por el Sr. Castelar, ocupándose del hecho que embargaba de júbilo á los habitantes de la capital, cuyo artículo tenia por título *El Rasgo*. Las gentes se arrebataban el periódico de las manos. ¿Qué es lo que decia el catedrático de la universidad de Madrid?

Los periódicos democráticos podian dispensarse de ser generosos con la persona que ocupaba el trono, aun cuando fuese esta una dama; pero la oposicion anti-monárquica no debia dispensarse de ser justa, porque no hay interés alguno de partido que deba prevalecer sobre el sentimiento de justicia. ¿Qué habia de decir el Sr. Castelar? El rasgo de D.<sup>a</sup> Isabel llevaba su encomio en sí mismo: ante un hecho de esta naturaleza, el que no quisiese aplaudir debia saber callar. Pero al entusiasmo se le ocurre á Castelar llamarle el *delirium tremens* de la adulacion cortesana; segun el señor Castelar, lo que la Reina da, no es de la Reina, sino del país; del rasgo lo que resta es: primero, una grande ilegalidad, un acto de atrevimiento contra las leyes; despues un solemne desencanto, y por último, una pérdida irreparable para el pueblo. Y el Sr. Castelar añadia:

...«Así que los pueblos reciban la noticia del nuevo anticipo, veréis las consecuencias, ministros de Isabel II, de la indigna farsa en que habeis comprometido, para salvaros vosotros, el nombre de la Reina.

...«Véase, pues, si tenemos razon; véase si tenemos derecho para protestar contra ese proyecto de ley que desde el punto de vista político, es un engaño; desde el punto de

vista jurídico, una usurpacion; desde el punto de vista legal, un gran desacato á la ley; desde el punto de vista popular, una amenaza á los intereses del pueblo; y desde todos los puntos de vista, uno de esos amaños de que el partido moderado se vale para sostenerse en un poder que la voluntad de la nacion rechaza; que la conciencia de la nacion maldice.»

Segun el Sr. Castelar, los bienes del patrimonio real no eran de la Reina; D.<sup>a</sup> Isabel daba cosas que no le pertenecian; porque segun el criterio de la escuela social á que pertenecia entonces el Sr. Castelar, no hay mas fuente de la propiedad que el trabajo, y él, que es fuerte en historia, no recordaba ningun antecesor de D.<sup>a</sup> Isabel que sostuviese el arado ó diese vueltas al manubrio de una máquina. La Reina daba su patrimonio únicamente porque debía darlo; pues la escuela del Sr. Castelar quiere hacer de los reyes una especie de orden mendicante en que todos hagan voto solemne de pobreza. La Reina, su patrimonio ni siquiera podia darlo; la nacion debía habérselo arrebatado; porque si los progresistas dicen que la mano que bendice y absuelve es una mano muerta, los demócratas pretenden á su vez que es tambien muerta la mano que empuña el cetro, y por consiguiente el patrimonio de la Corona debió haberse desamortizado como se desamortizó el patrimonio de la Iglesia. Segun el Sr. Castelar, el rasgo de la Reina quedaria estéril; porque de cada parte de este patrimonio debía haberse hecho una nueva Icaria y realizar un reparto de aquellos bienes.

Tambien por su parte los progresistas venian realizando el célebre programa de la secta de los *carbonarios*: convertir á los partidos en una amenaza constante contra el trono. De esta manera, como la Corona no habia de poder gobernar con todos los partidos juntos, se convertirian en enemigos suyos los que no estuviesen en el poder, y la Revolucion contaba siempre con auxiliares seguros.

Habian los progresistas adoptado el retraimiento; no to-

maban parte en las elecciones, no acudian á las cámaras; y en folletos publicados en su nombre hablábase de *volar la Santa Bárbara*; es decir, de derribar la dinastía, como expresión del pensamiento que habia dominado en un banquete dado en una fonda de Madrid, en el que uno de los prohombres del partido, el Sr. Aguirre, brindó *por la destruccion de todos los obstáculos que se oponian al triunfo definitivo de la libertad*.

Para acabar de hacer perder á la Reina el concepto público, era menester cubrirla bajo el velo de la supersticion. En esto trabajaban varios unionistas. ¿Por qué ellos, tan inteligentes, tan hábiles, tan afortunados, se veian privados del poder? Encontróse una de aquellas esplicaciones que por lo románticas hieren fácilmente la imaginacion del vulgo: de todo tenia la culpa la superiora del convento de San Pascual, llamada sor Patrocinio. Repetíanse en todos los tonos que esta religiosa ejercia sobre D.<sup>a</sup> Isabel una fascinacion, una especie de encantamiento, al cual la Reina no sabia resistir; y luego se exclamaba:

— «Ya lo veis: ¡somos una nacion gobernada por una monja!»

Se adivinará con facilidad el efecto que esto produciria en algunas gentes; cómo correrian de boca en boca ciertas narraciones novelescas; cómo se comentarian ciertas palabras que se suponian pronunciadas en el locutorio de San Pascual, y á cuántas y cuán ridículas invenciones se presataba todo esto.

Despues de la monja el confesor.

No faltó quién quiso adivinar lo que pasaba en lo mas íntimo de la vida de D.<sup>a</sup> Isabel; quién pretendió poner en público espectáculo los secretos de la conciencia de la Reina; quién aseguró saber lo que pasaba en el tribunal mas augusto y mas reservado entre el confesor y la penitente. Contra la inviolable persona de la Reina, para la oposicion, nada, ni aun lo mas sagrado, merecia respeto.

— «Allí, allí, se decia, está el verdadero, el único Consejo

real, allí se derriban y se forman los ministerios, de allí, solo de allí sale la inspiración de la política.»

Y de esta suerte al hablar de la Reina los apóstoles y los cooperadores de la Revolución acababan por decir:

—«¡No es nada mas que una aparición del espectro de Carlos II el *Hechizado!*»

Publicó entonces el *Diario Español*, y reprodujo la mayoría de la prensa periódica, el célebre artículo titulado: *Misterios*. La manera como allí se presentaba á la corte, los fatídicos presagios que en aquel escrito se consignaban, las maliciosas indicaciones que en él se hacían; nos da á conocer de qué suerte venía minándose el trono de D.<sup>a</sup> Isabel; y no ya por los republicanos rojos; no era esta únicamente la tarea de escritores adocenados, de estos que quieren comprarse un nombre ó una popularidad sin pararse en medios; sino que en este complot entraban ya entonces publicistas de primera nota, notabilidades políticas afiliadas á la bandera conservadora. Fijémonos en el lenguaje que en el artículo en cuestión se empleaba. Empieza por describir los efectos que en su concepto puede producir el ardor de un entusiasmo piadoso, de un fervor extraordinario, de un gran esfuerzo del alma para salir del mundo de lo natural elevándose á regiones superiores.

...«En esta situación toma la cruz con Jesucristo, sube al Calvario con Jesucristo, es sacrificada con Jesucristo, recibe la lanzada en el costado con Jesucristo, padece, en una palabra, con Jesucristo. Los transportes del alma no tardan en invadir el cuerpo, y en virtud de una ley misteriosa de la fisiología trascendente, ó si se quiere sobrenatural, los estigmas espirituales se reproducen alguna vez exteriormente y llegan á manifestarse bajo formas sensibles. Tales son sobre el particular nuestras ideas: que emitimos á riesgo de incurrir en el sarcástico desagrado de los espíritus fuertes de la prensa, y de que se nos atribuyan puntas y ribetes de neo-catolicismo.

«Mas hé aquí que entre nosotros se declara un caso de

estigmatización cuya celebridad viene en *crescendo* desde 1835. No necesitamos describir puntualmente ni individualizar este *caso*, porque basta aludirle para que sea de todos conocido. Este *caso*, léjos de edificar, escandaliza; léjos de consolar, aflige; léjos de regocijar, entristece. Con motivo de este *caso*, unos se rien, otros se lamentan, estos insultan, aquellos compadecen, algunos lo explotan, no pocos le consideran como un plagio diabólico, y nadie, absolutamente nadie, le concede un origen divinamente místico. Entre este *caso* y los siniestros que con tanta frecuencia conmueven hondamente los cimientos del edificio político, media, según el comun sentir del vulgo, un lazo indisoluble y pavoroso. Si los ministerios se forman, se modifican, se disuelven ó se levantan, resucitando al cuarto día de entre los muertos, de una manera insólita y chocante, tiene el *caso* la culpa, dice el vulgo.

«Si el sistema representativo se ha visto alguna vez seriamente amenazado en su esencia, el *caso* es responsable, repite el vulgo. Si el poder ejecutivo, usurpando la jurisdicción de los tribunales de justicia, acusa desde las columnas del diario oficial á la prensa periódica de mancharse con la perpetración de crímenes gravísimos, es que el *caso* lo exige, vuelve á insistir el vulgo. Los gobiernos mas fuertes (y continúa el vulgo) han tenido que rendirse ó transigir con el *caso* en cuestión, ó tolerar con una indignación mal reprimida su funesta influencia. Si alguno ha querido aislarle ó alejarle, ha sucumbido en la demanda, y hasta la corte romana, con todo su poder y autoridad, ha tenido que llevar en paciencia que el *caso* desobedezca sus mandatos. Este *caso de estigmatización*, concluye el vulgo, es, pues, un verdadero *estigma*, y no santo y glorioso ciertamente, que lleva impreso sobre su noble faz el longánimo pueblo español; ¿qué pudo haber, qué hay en el oscuro fondo de este caso?

«¡ GRANDES MISTERIOS !»

«Pero misterios que los profanos no podemos descifrar,

porque no hay llave alguna que abra las puertas del santuario en que se celebran, como no sea la llave tan renombrada de oro de la invencion y fábrica del sencillo, virtuoso y verdaderamente apostólico varon padre Claret y Clará, llave que tan extraña celebridad ha granjeado á este curioso é interesante personaje. Pero misterios de una trascendencia funestísima en el porvenir de los principios fundamentales de nuestra sociedad política, si pronto, pronto, no se aplica el remedio que el mal está imperiosamente reclamando. *Et nunc intelligite.* Si; ténganlo entendido todos aquellos, todos sin excepcion, á quienes interese. Si el cataclismo sobreviene, si la revolucion estalla, si llega ese verdadero *dies ira* de los pueblos en delirio, entonces, á la luz de los siniestros resplandores que despida, se leerán y comprenderán esos y otros misterios. Entonces las llamas del incendio consumirán todas las impurezas de la inmensa orgía política á que el país viene asistiendo estupefacto. Entonces, como el dia del juicio final, nada quedará oculto y sin venganza; entonces

*quidquid latet apparebit  
nihil inultum remanebit.»*

Hoy, pasada la oportunidad, exentos de las preocupaciones propias de un periodo en que se está preparando una gran crisis política, comprendemos que el artículo *Misterios* no tiene todo el valor que se le dió al ser publicado, citándosele como un modelo de primer orden de habilidad periodística. Digno de notarse era que un asunto de estos, de los que solo suelen aprovecharse escritores populacheros, lo aprovechara un literato de vasta erudicion, de lenguaje clásico, de brillante estilo como el Sr. Lorenzana; hábil era escribir en formas conservadoras un artículo de tendencias antidinásticas como el que acabamos de copiar, y que no habia por donde cogerle, porque el escritor unionista nada afirmaba, limitándose á remitirse á los rumores del vul-

go; habia de llamar la atencion que un escritor como el señor Lorenzana hiciese que un asunto que debia ser solo objeto de hablillas entre gentes vulgares, pasase á ocupar la atencion de clases mas elevadas; era por cierto digno de admirarse el que todo un Sr. Lorenzana tomase por lo sério y tratase con la mayor formalidad del mundo un asunto de esta naturaleza.

Nada hemos de decir respecto á sor Patrocinio. Persona de maneras cortesananas, de amena conversacion, habia conocido y tratado á las primeras notabilidades políticas del reinado de Isabel II; no es de estrañar que el talento y la habilidad de sor Patrocinio llegara á cautivar á D.<sup>a</sup> Isabel, como cautivó al mismo D. Salustiano Olózaga en la época de su exaltacion; es cosa natural que sor Patrocinio, teniendo bien conocidas las generosidades de la Reina, acudiese á ella para pedirle recursos para sus nuevas fundaciones é hiciese todo lo que estuviere de su parte para grangearse sobre D.<sup>a</sup> Isabel todo el prestigio posible.

Motivos muy fundados nos asisten para afirmar que el *caso* no era todo lo grave que al Sr. Lorenzana le convenia suponer; pues á tener tal gravedad, los prohombres de la Union liberal, al hallarse en el ministerio por dilatados años, no se hubieran constituido en cómplices del mal que se denunciaba; no habrian tolerado hechos que hubiesen podido afectar al decoro de la Corona y á la dignidad del Gobierno. Todo el mundo sabe, que aun despues de escrito el artículo *Misterios*, al ocupar nuevamente el poder los amigos del Sr. Lorenzana, iban tambien ellos á sostener el cirio en las procesiones de San Pascual.

Dirémos dos palabras del confesor.

Atendido el papel que al prepararse el estallido revolucionario se hizo jugar al arzobispo Claret, podria decir la historia que el último confesor de la Reina era un hombre acostumbrado á los manejos de la diplomacia, un político mas ó menos hábil ó un intrigante; y sin embargo el arzobispo Claret nunca fue nada de esto. No puede reconocerse

en él á un Cisneros ó á un Richelieu; pero tampoco puede acusársele en manera alguna de ejercer cerca de la Reina un influjo positivo que pudiese contribuir á derribar el trono.

El R. Claret, tal como lo presentaban los revolucionarios, es puramente un tipo de novela que ellos se lo han forjado de la manera que les ha parecido mejor, para obtener su fin, que era derribar el trono empujándole con el peso del desprestigio que trataban de hacer caer sobre la persona que lo ocupaba. En este concepto, la figura del confesor fanatizando á la Reina, habia de venirles perfectamente; podian aquí presentarse cuentos que interesaran á la impresionable imaginacion popular, y como de lo que se trataba era de llegar al fin por cualquier camino, se concibe muy bien que se echara mano de semejante recurso. Nosotros no hemos de ocuparnos del R. Claret de novela; este no existe: hablamos solo del arzobispo Claret, tal como su figura se presenta en la realidad, figura que merece ser estudiada, ya por lo que es en sí, ya en su carácter de víctima inocente de la gran explosion revolucionaria.

Influye mucho en la manera de ser de un hombre la atmósfera social en que él vive. El R. Claret era todo lo contrario del tipo de un cortesano. Desde las gradas inferiores de la escala social subió al elevado puesto que ocupaba; pero hasta los últimos años de su vida se le veia con frecuencia en los hospitales socorriendo al enfermo, auxiliando al moribundo; en los patios ó cuadras de las cárceles para abrir las puertas del mundo del bien á aquellos hijos del crimen; en el taller del obrero y hasta en la desconocida cabaña: jamás subia los escalones de los palacios. El embalsamado aroma de los salones tuvo constantemente para él una repugnancia invencible; en cambio, en medio de la pobreza de una guardilla donde hubiese algun corazon que abrir á la esperanza, hallábase en su propio terreno. Si no asistia nunca á las expansiones del placer, se le veia asistir con interés á las rudas luchas con la miseria y con la muerte, para derramar allí su corazon todo caridad.

Pero, ¿cómo el hijo de un tejedor llegó á ser el confesor de una reina? ¿Por qué caminos el Rdo. Claret subió de su humilde posicion á los primeros puestos de la jerarquía eclesiástica?

Sintió desde muy jóven la vocacion de apóstol con toda su intensidad. Durante su carrera escolar las privaciones de su posicion, el tener que atender á su subsistencia con su trabajo, hizo que no pudiese dedicarse á estudios sérios y profundos; pero tenia lo que necesitaba para ser un buen sacerdote: una alma alumbrada por una gran fe, un corazon donde ardia, donde se necesitaba un esfuerzo superior para que no se desbordase el celo de una intensísima caridad sacerdotal.

En Madrid, en la corte de D.<sup>a</sup> Isabel no podia conocerse al Rdo. Claret: estaba fuera de su elemento: donde se le conoció, donde pudo apreciársele en todo su valor fue en Cataluña, en aquella época en que él ocupó la cátedra apostólica. No han podido borrarse todavía, despues de tantos años, las huellas de su fecundo apostolado; aquello no era la palabra de un hombre, era la gracia de Dios que llovía sobre una generacion.

En el púlpito el Rdo. Claret era otro hombre, estaba transformado. Parecia imposible que tras de aquel aspecto tan humilde, hasta frio, se encerrase un alma en donde todo era fuego. En la cátedra evangélica, la palabra del Rdo. Claret, árida y hasta difícil en la conversacion particular, pasaba á ser una palabra enérgica, animadísima; con una modulacion de voz natural, pero imponente, con una fuerza de uncion que cautivaba á los mas prevenidos, con una energía, resultado de su admirable celo, tenia pendientes de sus labios por horas enteras á auditorios numerosísimos. Entonces su rostro, que fuera del púlpito cási llegaba á carecer de expresion, en el púlpito se encendia; aquel hombre de baja estatura se agigantaba, aquella palabra era un torrente que arrastraba en pos de sí á grandes muchedumbres de fieles que pertenecian á diversidad de clases y de opiniones.

No conocia el Rdo. Claret la brillantez de estilo de San Juan Crisóstomo; no habia estudiado á fondo, si se quiere, los discursos de San Agustin con su majestad arrebatadora; no se veia en él un Bossuet por la elevacion de sus pensamientos; ni un Bourdaloue por la prodigiosa exactitud en las aplicaciones bíblicas; ni un Massillon por la escelente combinacion de los efectos oratorios. En el Rdo. Claret no habia nada estudiado; sus improvisaciones encantaban por la afectuosa naturalidad, resultado de su ardiente alma; y su expresion que cuanto mas natural tanto mas era atractiva, alcanzaba á suplirlo todo. Sus imágenes no eran delicadas ni fue limado en su frase. Hablaba al pueblo con el lenguaje del pueblo; y con cuadros de fuerte colorido, con figuras de relumbron, obtenia prodigiosamente su efecto. Su modo de decir ya eran comparaciones que interesaban á todos los oyentes, ya mocion de afectos que arrancaba abundantes lágrimas: á un tono de dulce y conmovedora persuasion, seguian arranques imponentes de solicitud apostólica; y á pesar de sus maneras, siempre humildes, siempre sencillas, cuando anunciaba las expiaciones divinas que se atraen los delitos de los pueblos, entonces sus sermones adquirian la importancia de una profecia con toda la majestad de su carácter.

No se ha conocido en Cataluña otra popularidad ni menos buscada ni mas generalmente reconocida.

Y no se crea que fuese solo en los pueblos rurales donde la palabra del Rdo. Claret producía escelentes efectos; donde despues del sermón se veian largas hileras de gentes que á la pálida luz de la luna ó entre las sombras de obscura noche regresaban á sus hogares situados á veces á largas horas de distancia; en los grandes centros industriales los obreros abandonaban sus talleres para oír á aquel á quien unos llamaban el *Apóstol* y otros el *Santo*, y en la capital misma de Cataluña las estensas naves del templo de Santa María del Mar eran insuficientes para contener los miles de personas que con muchas horas de anticipacion

llenaban la iglesia para poder escuchar al famoso misionero.

Y no era la del Rdo. Claret de estas palabras que se escuchan y se aplauden; pero que todo concluye con una admiración estéril. Si por la noche, durante semanas y hasta meses enteros, tenía puesto en conmoción á todo un pueblo, á toda una gran capital, por las mañanas una espesa muralla de fieles rodeaba su confesonario; y despues se olvidaban para siempre odios que tal vez no se hubiesen estinguido jamás; dejaban la senda del vicio, del libertinage, quizás del crimen, seres que se reconocian hasta entonces muy desgraciados; Dios, la sociedad, la familia recobraban almas que de otra manera se hubieran perdido. Aun se tocan hoy los efectos de aquella fecunda predicacion. Aun hay en Barcelona y otros puntos de Cataluña hombres que despues de haber malogrado una parte de su existencia en las disipaciones del juego, ó en medio de las degradaciones de la embriaguez del vino, ó de otra no menos fatal y que afecta á los mismos gérmenes de la vida, hoy son hombres austeros, honrados padres de familia, existencias engrandecidas por la abnegacion, obreros que despues de pasar todas las horas del dia en el rudo trabajo del taller, las largas horas de la noche consagradas al descanso, ellos las pasan con frecuencia junto á la cabecera del enfermo que asiste la Caridad Cristiana; y en los dias festivos, mientras sus compañeros se entregan á la disipacion, ellos bajan por la mañana á los patios de las cárceles, penetran en sus calabozos, y suben por la tarde á las cuadras de los hospitales para proporcionar al pobre preso que está bajo la accion de la justicia ó al pobre enfermo que está bajo la accion de Dios, los cuidados de que tienen necesidad. ¡Héroes que el mundo no aprecia, ni siquiera conoce; que no aparecen en las horas de las conmociones populares; que nunca han prestado su brazo para destruir, pero que están dispuestos á proporcionar siempre, no solo su brazo, sino todo lo que ellos tienen, que es su alma y su corazon, allí donde encuentran ruinas de almas causadas por la utopia incrédula ó ruinas de corazones cau-

sadas por fuertes golpes que les llevaban al desespero!

Parece increíble que tras de aquel temperamento tan línfático se ocultara tanta actividad de carácter. Y el Rdo. Claret su actividad no la limitaba á la tarea del púlpito. Se le veía siempre dispuesto á ir en socorro de cualquier necesidad; á escuchar á cualquiera que fuese á pedirle un consejo; y él, que carecía de conversacion amena, que al tratarse de cosas indiferentes se mostraba hasta taciturno, manifestaba escelente criterio al resolver un caso difícil, lo que solía hacer con frase concisa y sentenciosa pero sin ninguna afectacion de superioridad.

En el período en que él se dedicaba á sus trabajos apostólicos en Cataluña inicióse una era de restauracion religiosa. Asociaciones para socorrer á pobres y enfermos, reuniones donde se estimulaba el celo y la caridad de los que á ellas concurrían, trabajos de propaganda; en todo intervenía el Rdo. Claret; dirémos mas, venía á ser el alma de todo.

Inauguróse tambien entonces, con el apoyo del Rdo. Claret, la *Librería Religiosa*, publicacion donde se han popularizado además de sus muchas obras, opúsculos y hojas volantes, las ya algo olvidadas de Fray Luis de Granada, de Santa Teresa de Jesús, del P. Almeida, y de otros modelos de la edad de oro de nuestra literatura, dándose á conocer en nuestra España los trabajos apologéticos de Augusto Nicolás, de Feller y de Maret; los históricos de Créteineau-Joli, escelentes escritos del americano Eyzaguirre, del inglés William-Cobbet y del alemán Alzog y otros no menos reputados en el mundo literario.

Hallábase el Rdo. Claret enteramente consagrado á sus tareas, viviendo solo para sus semejantes y para su ministerio, cuando á la otra parte del Océano se le presentó otro campo á su actividad. Sorprendiéndole en sus asiduas ocupaciones, vino á poner á prueba su calma una comunicacion en que se le decia que iba á proponérsele para el arzobispado de Cuba.

La noticia la recibió el Rdo. Claret con pesar, con verda-

dero sentimiento. Jamás habia perdido su tranquilidad; y no obstante, entonces por primera vez se le vió triste, afectado. Hubiérase resistido desde luego á aceptar una carga que él con toda sinceridad miraba como superior á sus fuerzas, á no ser hombre de abnegacion y desprendimiento tal que hasta llegaba á carecer de voluntad propia. En medio de su abatimiento, él, cuyas palabras eran claro reflejo de su alma, decidióse á escribir la siguiente carta al elevado personaje que le comunicó la presentacion para la metropolitana de la isla de Cuba.

«La noticia que V. E. me da ha sido para mí un golpe que no me lo esperaba y del que no me he repuesto todavía. Lo digo con toda la sinceridad de que soy capaz: ustedes no me conocen; porque, á conocerme, no se les hubiera venido jamás en mientes semejante idea. Ustedes me ven desde muy léjos; y no es estraño que á tan larga distancia se hayan figurado ver un pastor donde no hay mas que un pobre cordero. Créame V. E.; yo puedo servir algo para trabajar; pero no sirvo para mandar. ¿Tratan ustedes de sacarme de quicios? Lo sentiria por mí y por la diócesis á que me destinan. Si ser obispo fuese solo predicar y trabajar, no me haria gran mella el predicar con el roquete de obispo así como predico ahora con el sobrepelliz de misionero. Pero en un obispado entra por mucho una atministracion complicada, cuyos detalles no quisiera haber de conocer, porque no entra esto en mi carácter; seria esto para mí una máquina tan difícil de manejar que me temo, y con razon, que no acabase por hacerme perder la cabeza. Permítame V. E. que se lo diga del mismo modo que lo siento: no soy ni pretendo ser mas que un misionero; y créame V.: los obispos no han de hacerse de la madera de los misioneros.»

Á los pocos dias el Rdo. Claret recibió la siguiente respuesta:

«Me juzgo dispensado de contestar á todas las observaciones de V., porque V. parte de un falso supuesto. V. cree que Cuba es un obispado, y sin embargo, no es nada mas

que una mision; por esto mandamos allí un misionero. Resígnese, pues, V. á dejar su bonete al que profesa demasiado cariño; pues ya sabe V. perfectamente que, aunque la tarea es algo penosa, no es tan estrecha una mitra que no pueda moverse en ella la cabeza de un santo. El trabajo es árduo; pero el deber de V. está en decir: *Non recuso laborem.*»

Vino la solemnidad de la consagracion. El Rdo. Claret hacia esfuerzos extraordinarios para dominar su tristeza. Veíasele como atontado, con los ojos fijos en los ornamentos episcopales.

—¿En qué piensa V.?— Le preguntó uno de los asistentes.

—En que la mitra es muy grande y mi cabeza es muy pequeña.

Y despues añadió resignado:

—En fin, lo mandan así... Verémos lo que sucede.

Con los ojos fijos en las queridas playas catalanas, el reverendo Claret, que era ya el excelentísimo señor Arzobispo de Santiago de Cuba, partió para la rica Antilla española.

Necesitábase efectivamente en la metrópoli de Cuba un apóstol y un santo, porque era menester allí grande actividad y grandes ejemplos.

La vista del estado moral de su diócesis le produjo al nuevo arzobispo la impresion que le produce á un colono el ver que el terruño que se le destina para cultivar no es mas que un árido pedregal. Con el llanto en los ojos, y sobre todo, con la amargura en el corazon, contempló aquel nuevo teatro de su ministerio; pudo apreciar cuales eran los elementos de aquella atmósfera materialista donde se ahogaban almas que habian ido allí llenas de fe; lo que era aquel aire donde la luz del espíritu se apagaba; lo que era aquel terreno donde tantos corazones puros habian resbalado para ir á hundirse en un lodazal. El arzobispo Claret se encontraba con dos clases de gente: los peninsulares, que no pensaban mas que en adquirir; los indígenas, que no pensaban mas que en gozar; para los primeros Cuba era una mi-

na; y metidos en el fondo de aquella mina, inútil era que se tratara de enseñarles el cielo porque no lo veían: para los segundos Cuba era un paraíso; y en aquel paraíso comían, se hartaban del fruto prohibido, sin acordarse ni de la otra vida, ni del juicio de Dios. ¿Qué había de hacer, qué podía hacer el arzobispo Claret en aquel terreno por donde ha pasado el viento mortal de un sensualismo positivista?

Dedicóse á combatir las malas costumbres, á extirpar abusos desde larga fecha introducidos y tolerados, á cumplir con todo su deber, sin mas miramientos que los de la prudencia y la caridad.

El trabajo era allí mucho, las satisfacciones pocas; pero el arzobispo Claret en aquella tierra harto árida hallaba, sin embargo, un consuelo, y era el encontrarse entre los negros.

Con su autoridad de prelado podía penetrar en los ingenios. Él, como sacerdote, tenía formada muy alta idea de la dignidad humana. Su corazón se comprimía, se le helaba la sangre al ver allí á los negros, aquellas manadas de hombres, de hermanos suyos, que no parecían tener del ser humano sino los rasgos de la fisonomía, y aun estos alterados por la situación de embrutecimiento moral en que se encontraban. El alma, el corazón de aquellos infelices, todo estaba dormido, todo aletargado; el escelentísimo Claret procuraba despertar á aquellas almas y á aquellos corazones, haciendo alborear para ellos la aurora de la fe, enseñándoles á contemplar el cielo; y con su palabra y con sus bendiciones hacia aparecer el sol de los santos sentimientos de piedad, de las bellas afecciones de amistad, de las augustas intimidades de familia. Al ver á aquellos seres desgraciados, sin casa, sin patria, sin derechos, arrojados fuera de la humanidad, maldiciendo á la sociedad en medio de la cual se hallaban, pues se les había arrancado de sus selvas, donde al menos vivían siendo dueños de sí mismos, no para alumbrarlos con los destellos de una civilización benéfica sino para esplotarlos como si fueran irracionales, era

para él una satisfacción cuando después de restañar por sí mismo la sangre que derramaba el látigo del capataz, aquellos infelices entraban en las regiones de la vida humana por las puertas del sentimiento religioso que él sabía evocar con tanto acierto.

Íntegro en sus doctrinas, el arzobispo Claret que no cedía nunca á preocupaciones por muy arraigadas que ellas estuviesen, él que se había llenado de estremecimiento al ver aportar á aquellas playas cargamentos de carne humana, con su franqueza evangélica sublevábase en nombre de la moral católica contra un tráfico tan odioso, sin tomarse la precaucion de pensar que mientras clamaba con todas sus fuerzas contra tal atentado, preparábase contra su persona el puñal de un asesino.

El Rdo. Claret besó con efusion la mano del homicida que atentaba contra su existencia, pues, se le figuró vislumbrar ya su cielo donde subía por la senda del martirio. No fue así. Se le destinaban aun otras pruebas. Imitador del Crucificado, era menester que siguiese la carrera de su pasion. La isla de Cuba fue su calle de Amargura; la corte de Madrid habia de ser su calvario.

La misma persona encargada de anunciarle su presentacion para arzobispo de Cuba, lo fue para prevenirle que iba á ser nombrado confesor de la Reina. Tambien podemos reproducir un extracto de su carta:

«Se le propone á V. para un cargo, que conforme al punto de vista de V. ha de tener muchas ventajas. No es una vasta diócesis; se trata solo de confesar á una persona; V. podrá concentrar en esta tarea toda su actividad, ó esta actividad la podrá repartir en las ocupaciones que se adapten mejor á las inclinaciones de V. Podrá vivir fuera del palacio, si el palacio le hace miedo. V. huye de las honras; pues nada mejor que el puesto, para el cual se le propone: en medio de tantas notabilidades de las armas, de la política, de la nobleza, el confesor, y sobre todo si es una persona humilde como V. puede pasar completamente desapercibido.»

Para acallar rumores maliciosos, para quitar todo pretexto á los enemigos de la dinastía, fue menester nombrar confesor de la Reina á un hombre que todo el mundo le reconociese como completamente ageno á la política: nadie mejor que el arzobispo Claret.

Aceptó la propuesta; pero la aceptó porque tenia como un presentimiento de lo que habia de suceder; porque estaba persuadido de que en la corte real podria encontrar rica cosecha de humillaciones, y él deseaba recoger esta cosecha que un varon cristiano como él sabe depositar en el cielo.

Algo conocedor del mundo, el arzobispo Claret adivinaba lo que podia suceder en las regiones de un palacio; pero jamás hubiera sospechado que una corte fuese hasta tal punto un hervidero de pasiones las mas vehementes, un palenque donde luchaban las mas odiosas rivalidades.

Al arzobispo Claret aquella atmósfera le asfixiaba; le era menester desahogarse, ir á respirar un aire menos impuro, y estos desahogos los encontró en Madrid y en sus alrededores, dedicándose de nuevo á las misiones, al confesonario, á las tareas apostólicas, por las que tenia la pasion propia de un ministro de Jesucristo.

Á su actividad, á su iniciativa se debe el que el monasterio del Escorial fuese tambien el santuario del verdadero saber que es el que se apoya en el santo temor de Dios.

¡Cuántas veces al afigirse ante el espectáculo de las cábalas de una corte, al sentir comprimido su corazon, que se dolia de tener que presenciar las intrigas palaciegas, el arzobispo Claret, acordándose de un pasado mas feliz, pensaba en sus queridos negros, y sobre todo en los rústicos habitantes de Cataluña que le oían con tanta sumision y practicaban sus consejos con tanta docilidad! Á los que se dejan desvanecer por el ruido de una corte no es extraño que les guste aquella animacion, aquel movimiento; pero no podia ser esto del agrado del arzobispo Claret, que queria conservar su espíritu libre de aquellas agitaciones. El esplendor de la corte él lo trocara de muy buen grado con la

quietud y el retiro de la celda de un misionero; mejor que entre aquellos trajes ricamente bordados se holgara de vivir entre la sencillez de los humildes labriegos; á la conversacion correcta y elegante, á las maneras finas de los personajes con quienes tenia que tratar, hubiera preferido el tosco acento y la rusticidad de los aldeanos.

Tanto amaba al pobre, al agricultor, al obrero, que en favor de las clases humildes dejó el arzobispo Claret una creacion suya en que se retrata perfectamente toda su alma, su corazon todo entero: es la Congregacion de misioneros del Sagrado Corazon de María; órden destinada, no á vivir en el retiro de un monasterio, sino á conquistar almas y corazones para Dios; es decir, para la verdad y para el bien; no á estar en contacto con la clase elevada, sino á consagrar su ministerio en favor de las clases populares. El arzobispo Claret desde Madrid pensaba en el campesino, en el obrero; conocedor del influjo que ejercen en la nueva sociedad las clases proletarias, él, que dedicó á ellas sus asiduos trabajos, dejó en la Congregacion de misioneros, á que nos referimos, su corazon de apóstol: en sus reglas está el pensamiento del arzobispo Claret, en sus miembros está su imágen, en sus predicaciones sencillas tambien, pero fecundas, dedicadas á las clases populares, se oye todavía el eco de su palabra. Dejó á su siglo una obra providencial, pues providencial es aprovechar para el bien, para la familia, para la sociedad; es decir, para Dios, esas masas populares que son el objeto de los ensayos de los utopistas, ó la materia explotable de algunos ambiciosos.

Por lo que atañe á la política hasta llegaba á tenerle asco. Pudo comprender á que se habia reducido en los últimos tiempos de Isabel II lo que debiera ser el arte de gobernar. ¡Qué de debilidades, qué de miserias se ocultaban tras el aparato de la política! Ambiciones las mas desatentadas, odios los mas injustificados, venganzas cínicamente preparadas!... Al arzobispo Claret aquel espectáculo le aterraba. Veia aquellos hombres sin fe, sin conciencia, con la sonrisa

en el rostro y con la hiel en el alma, turba de escépticos que en nada creían sino en sí mismos, que nada esperaban sino la realización de sus injustificadas ambiciones; traficantes de una religion, cuyos dogmas escarnecían en secreto; panegiristas de una moralidad, cuya práctica la reservaban para los demás, encomiadores de una patria para la cual estaban abriendo un abismo. Á la política le tenía una repugnancia, una aversion irresistible.

Aun en el destierro, al arzobispo Claret, el oír hablar de política le afectaba: cabizbajo, triste, sentía entonces impresiones tan ingratas, que ni aun serenidad le quedaba para buscar una manera de dar un giro á la conversacion.

¿De qué podia acusársele? Con su buena fe, con la candidez, propia de su alma tan sencilla, escribió, dedicándola á los confesores, la *Llave de oro*, donde con sobrada claridad de lenguaje, con escésiva llaneza de formas daba ciertos avisos á los encargados de dirigir las conciencias; pero, ¿qué tiene que ver la *Llave de oro* con la política?

Intachable por su conducta, ageno á las contiendas de los partidos, convínole, sin embargo, á la Revolucion tomar el nombre del Rdo. Claret y aprovecharse de este nombre con el fin que hemos indicado ya antes.

Un testimonio de su mucho valer está en haberse hecho superior á los peligros de su posicion; y esto supo hacerlo. Todo Madrid sabe que á los esplendores de la corte, á su oropel no le tuvo jamás apego ninguno. Sabia desde mucho tiempo que la Reina era una víctima destinada al sacrificio por las mezquindades de los partidos y las pasiones de los hombres; el Rdo. Claret quiso subir con ella al altar de la inmolation. Jamás pidió una satisfaccion, nunca manifestó la menor queja. No se le pudo ocultar que la explosion revolucionaria habia de herirle tambien á él; léjos de huir el cuerpo, esperó tranquilo el golpe. Si el mundo hubiese tenido de considerarle como un héroe, tal vez hubiese abandonado su puesto; pero se le destinaba como víctima: este papel lo aceptó con gusto.

Luego que hubo representado este papel, terminada ya su mision, arrojado de su patria por la fuerza del huracan revolucionario, el arzobispo Claret, que á haber muerto al ejercitar su provechoso apostolado en Cataluña, su entierro hubiera sido una ovacion, y las gentes, ya que no hubiesen podido tocar á sus restos, se hubieran disputado los pedazos de sus vestidos, murió en un rincon de Francia, olvidado, casi solo.

Nosotros, que le conocíamos, hemos creido de nuestro deber no dejarle olvidado en su solitario sepulcro. Al consagrarle una página cumplimos con una obligacion de justicia.

Reanudemos la interrumpida narracion:

El trabajo de la prensa dedicado á minar en sus cimientos la monarquía no se consideraba suficiente. Al fin, el periódico no podia salirse de las fronteras de la ley, so pena de experimentar sus efectos, y la ley era monárquica.

Sostenidos por el Estado habia los establecimientos de enseñanza oficial, las universidades.

En ningun período de la historia de España el templo del saber fue objeto de semejante profanacion. Profesores sostenidos por el Gobierno de D.<sup>a</sup> Isabel eran los que turbaban la tranquilidad del santuario de las letras, los que hacian perder completamente el respeto á la augusta majestad de la ciencia. Catedráticos que cambiaban el birrete negro del profesor por el gorro frigio del demagogo; la cátedra convertida en club, el profesor en tribuno; aquel terreno neutral, donde debia dominar un criterio al que por su elevacion no pudiesen alcanzar las miserias de las personalidades políticas, en donde debia respirarse un aire muy puro; allí, en vez de la palabra tranquila y desapasionada del crítico, del filósofo, se oia la arenga del jefe de bandera que, parapetado tras de su posicion oficial, con frases en que ardia el fuego de la pasion, se excitaba á aquellos corazones jóvenes á aislarse para siempre del orden establecido en el país.

El mal tomó tales proporciones, era aquella una provocación tan continuada y tan sistemáticamente sostenida, que, aunque tarde, el Gobierno creyó que debía impedir el que se escogiese la universidad para centro de propaganda contra las instituciones bajo las que se amparaba la nación.

Notóse entonces un síntoma fatal. El Gobierno era débil; en cambio era muy fuerte la oposición. Resultado de esta debilidad, el lenguaje que usó el Sr. Alcalá Galiano distaba mucho de estar á la altura del gabinete que debía poner á salvo de todo ataque el régimen político del país. Aquella tibieza, aquella vaguedad en los cargos, cuando estos podían ser muy concretos, aquellos miramientos no estaban á la altura de las circunstancias; el Gobierno ó no debió decir nada si se creyó sin autoridad para reprimir el abuso, si juzgaba su causa ya perdida, ó debió decir mucho más. Si teniendo que hablar el ministerio no se creía con bastante fuerza para decirlo todo, su deber consistía en abandonar el puesto. ¿Era ó no un delito el que en el seno de la universidad se pusiera á discusión el dogma religioso y político sobre el que se apoyaba la sociedad española? Si efectivamente lo era, la infracción de la ley no debió tolerarse ni un solo momento; debió demostrarse con hechos que la ley contaba con más fuerza que el delincuente. Esto no se supo hacer.

El documento que el ministro dirigió á la universidad era la circular del miedo: una situación que tiene miedo está perdida.

Véase la circular:

...«Por la Constitución del Estado es la religión católica apostólica, romana, única y exclusiva en todo el territorio español. Para mantener en su fuerza y vigor este principio fundamental de nuestra legislación y sociedad, hay que tomar por base y regla el Concordato celebrado con la Santa Sede, el cual hoy es ley del reino, digna, como la que más, de alto respeto, y que debe ser religiosamente observada.

«La monarquía hereditaria es la forma de nuestro gobierno. Los derechos de la augusta señora que ocupa el trono,

con arreglo á todas nuestras leyes, no pueden ser puestos en duda sin delito.

«Nuestro Gobierno es monárquico constitucional. Otro sistema cualquiera es contrario á la actual ley fundamental del Estado.

«Pero si en la cátedra el profesor está obligado á cumplir con sus obligaciones, aun fuera de ella debe no portarse de un modo que desdiga de la dignidad de maestro de que está investido. Por ley comun de las cosas, tanto cuanto es alto un carácter, es rígido el deber que le está anejo. Lo que en un individuo particular no pasaria de ser una imprudencia ó una temeridad, en el que está encargado de la enseñanza sería, cuando no un abuso de confianza, una falta de decoro altamente vituperable. No cabe en la razon concebir que los que en voz alta proclaman y pregonan ciertas doctrinas, puedan, con provecho comun ni con honra propia, enseñar, en lugar alguno, otras muy diversas ó hasta contrarias. Además, los profesores, al entrar á desempeñar su cargo, han prestado un juramento, y todo cuanto dijesen no ajustado á él redundaria en perjuicio público, así como en el suyo privado.

«No por esto pretendo que deban los profesores estar sujetos á una regla que les vede declarar su sentir, fuera de la cátedra, sobre materias en que están discordes los partidos legales que en el campo espacioso de las lides políticas se hacen guerra. Pero fuera de tan ancho campo, á un catedrático especialmente, no es lícito lanzarse ni por uno ni por otro lado, á los extremos opuestos. Desvarío seria en convertirse en declarado enemigo de nuestras instituciones civiles y religiosas quien por su cargo está dentro de estas mismas, y de ellas ha recibido la investidura de la dignidad de que con razon está ufano.

«No ha de creerse que estas obligaciones del profesor se refieren á los actos de su vida privada. Lo que dijeren en conversaciones particulares, aun cuando pueda hacerlos dignos de censura, está fuera de la jurisdiccion de la autori-

dad. Pero en los actos públicos y solemnes, en que se declara la opinion en voz alta y se procura extender y propagar la propia, seria chocante contradiccion en un catedrático la predicacion de doctrinas contrarias á las leyes fundamentales del Estado; y quien así obrase, se haria merecedor de severa censura, y el descrédito personal se aviene mal con el carácter de quien se sienta en la cátedra y desde tan alto lugar da lecciones.

«Al expresarme como acabo de hacer, pongo la vista principalmente en lo venidero. De lo pasado no soy responsable.

«Me complazco en repetir que el cuerpo profesional en España, y en el dia presente, está á grande altura por las cualidades intelectuales de quienes le componen, y que ha prestado señalados servicios al Estado en varios puntos. Esta justicia le debo, y esta le hago, pero del uso que pueda haber hecho uno ú otro catedrático de sus grandes facultades no me toca hablar, ni podria, sin temeridad, formar un juicio exacto, á no proceder un prolijo y maduro exámen. Baste que en lo sucesivo sea la ley en nuestra patria en lo político y en lo religioso la norma á que hayan de atenerse quienes tengan la honra de ejercer el profesorado.»

La pusilanimidad en la defensa de parte del Gobierno no correspondió á lo rudo del ataque.

La debilidad de los gobiernos produce la fuerza de las revoluciones. Mientras el gabinete usaba un lenguaje poco franco, sin atreverse á precisar cargos; mientras en el tono de la circular se descubria que de lo que se trataba era de cumplir, por parte del Gobierno, un deber que á ser posible se hubiese eludido, el catedrático de Historia, D. Emilio Castelar, contestaba con resuelta energia:

...«El Gobierno, poniendo su caprichosa interpretacion sobre las leyes, dice que no pueden ser catedráticos los ciudadanos militantes en los partidos extremos. Es así, que yo milito en un partido extremo, luego yo no puedo ser catedrático. Me declaro reo. Estoy convicto y confeso. Puesto que el Gobierno cree, como los gobiernos absolutos, en la

incompatibilidad de ciertos cargos con ciertas ideas, á él le toca resolver esa incompatibilidad, no á mí que creo los derechos universales á todos los ciudadanos, sin distincion de personas ni de clases;... yo, á la faz del país que nos ve á todos, á la faz de Dios que á todos nos juzga, me declaro reo de esa idea sublime; yo soy demócrata. Proceda el Gobierno como quiera. ¿Le faltan mas datos para condenarme? Sentado en mi cátedra espero á que me despoje con mano aleve de mi honrada toga. Me siento fuerte con el auxilio de mi conciencia, y el escudo de mi derecho.»

No era ya esto defenderse ni tampoco responder á la circular; una contestacion de tal naturaleza equivalia á echar el guante al Gobierno. Y lo peor del caso estaba en que el reto del Sr. Castelar el Gobierno no lo recogia.

La situacion del Sr. Castelar vino á complicarla la publicacion del famoso artículo *El Rasgo*. Quien firmaba *El Rasgo* era un profesor retribuido por el Gobierno, y este creyó deber remitir al rector de la universidad el artículo para que procediera conforme al criterio que se consignaba en la circular del Sr. Alcalá Galiano. El rector Sr. Montalban prefirió su popularidad á su posicion; y al día siguiente vino su destitucion en la Gaceta.

Su destitucion por el señor marqués de Zafra dió pié á un tumulto escolar. Por medio de insidiosas escitaciones, de ocultos manejos se logró que los estudiantes se prestaran á servir de instrumento á los fines de la Revolucion. El 10 de abril estalló el motin, ante el cual el Gobierno creyó que debia volver por los derechos del orden perturbado. La resistencia que el Gobierno hizo al alboroto despues de tantos y tan repetidos actos de tolerancia, dió lugar á un conflicto: tuvo que hacerse uso de la fuerza contra jóvenes indefensos, contra niños, á quienes la Revolucion explotaba. El Gobierno, como era natural, sofocó el motin, y los revolucionarios, al señalar la sangre de las víctimas, cuyo número se estimó conveniente exagerar, exclamaron:

...«Ya lo veis: el Gobierno acaba de cebarse en unos ni-

ños. La dinastía tiene ya de su parte el crimen de Herodes; la degollacion de los inocentes : es que en el Belen revolucionario ha nacido ya la idea redentora.»

Tal era la situacion de la dinastía respecto á los partidos extremos al sobrevenir el rompimiento entre O'Donnell y la Reina.

Antes de aquella época, ya D. Nicolás María Rivero creyó á O'Donnell digno de una estatua, en cuyo pedestal se grabase esta inscripcion:

*Al gran favorecedor de la democracia, que la fomentó sin saberlo.*

¿Qué es lo que habia de suceder al presentarse el caudillo de la Union liberal como divorciado de la dinastía?

Lo que algunos años atrás era solamente un punto negro, venia convirtiéndose en espesa y amenazadora nube que empezaba á cubrir todo el horizonte.

Un acto vino á revelar como la Union liberal estaba dispuesta á asociarse á la obra revolucionaria.

El nuevo gabinete no podia gobernar con las cortes de O'Donnell. Firmó la Reina el decreto de disolucion, pero sin publicarlo. Al saber que la disolucion estaba decretada, antes de que apareciese en la *Gaceta* algunos diputados y senadores, al frente de los cuales se hallaban el duque de la Torre, como presidente del Senado, y el que lo era del Congreso, D. Antonio Rios y Rosas, escribieron una exposicion exigiendo que las cortes se reuniesen inmediatamente. Faltando el tiempo para que los individuos de las Cámaras suscribiesen la exposicion, se les convocó para que se reunieran en el palacio del Congreso. Por orden de Narvaez, el conde de Cheste, que reunia en aquellas circunstancias, como capitán general de Madrid, la autoridad civil y militar, á las once de la noche se presentó en la portería del Congreso pidiendo la exposicion, pretestando que iba á firmarla. No encontrándose allí el oficial mayor de la secretaría, repitió el general la visita á las doce y media de la noche. Presentóse el oficial mayor ante

el capitán general con el sombrero calado, lo que dió lugar á que este le descubriese, arrojándole el sombrero al suelo, recordándole el respeto que debía á la primera autoridad de Madrid, y que contestando negativamente á la pregunta que se le hacia de si se firmaba allí una exposicion, le hiciese conducir el general á las prisiones militares. El señor Ríos Rosas reclamó contra este hecho, mediaron entre él y el duque de Valencia agrias esplicaciones; entretanto la exposicion se firmaba, la agitacion crecia, el general Serrano y algunos de sus amigos se presentaban de una manera provocadora, y el Gobierno se creyó en el caso de tener que desterrar á las Baleares, á las Canarias ó á Puerto-Rico á varios personajes unionistas, como promovedores de aquella agitacion.

Los prohombres de la Union liberal ya no pensaban en ser ministros de Isabel II, ya no trataban de derribar un ministerio; sus tiros tomaron una direccion mas elevada.

— ¡Abajo lo existente! Esta fue desde entonces la consigna entre unionistas, progresistas y republicanos.

Teniendo una bandera comun era lógico que viniesen tambien á comun alianza. Hizose el acuerdo; todos se manifestaban dispuestos á trabajar activamente en la obra de demoler el trono de Isabel II. Los republicanos pondrian en esta obra su influencia sobre las clases populares, proporcionarian las masas; los progresistas ofrecieron su atrevimiento, su audacia; los de la Union liberal su dinero, su habilidad y sus generales.

Rudo iba á ser el empuje.

Llegada era la época en que los militares que se veian desairados en sus pretensiones se pasaban á la Revolucion.

Verificóse así con el general D. Rafael Izquierdo, que despues de servir al partido moderado, despues de estar á las órdenes del capitán general, conde de Cheste, despues que en discursos pronunciados en Reus, Vendrell y otras partes cuando la última intentona de Prim, dirigia severísimos cargos al conde de Reus, y hacia entusiastas elogios de la

Reina, manifestando á cuantos querian oírle, que él estaba en la conviccion de que la única salvacion de España estaba en la monarquía de Isabel II, como no recibiera la recompensa que se creyó merecer, se le vió despues cooperar de una manera la mas activa en favor de aquellos cuya conducta tan acerbamente habia condenado, contra aquella Reina de que hablaba antes con tanto elogio.

Un fenómeno semejante, que no se manifestó exclusivamente en el general Izquierdo, si como hecho aislado significaba poco, en cambio, como á síntoma no puede negársele gran importancia.

Cuando los hombres políticos, los partidos, los que esperan en el porvenir para realizar sus esperanzas ó sus ilusiones se separaban del trono, es que sabian que el porvenir en época cercana no seria ya del trono. El aislamiento en que se encontró la Reina, su abandono no tiene otra esplicacion: era que se veia el sol de la Revolucion que alborrea en oriente, mientras que el sol de la monarquía despedia en el ocaso sus últimos y apagados reflejos.

El sopro revolucionario contaba con una fuerza tal, que en efecto se estendia á las mas elevadas alturas: los que debian ser el apoyo de la Reina cuando quedase enteramente sola; los que debian triunfar ó caer con ella, los que habian de tener á mucha honra el participar de las desgracias del trono como participaron de sus grandezas, la abandonaron tambien. Nosotros callaríamos esta defeccion, que es la mas lastimosa; pero hay para el historiador tristes deberes, y es menester cumplirlos.

En la pintoresca Sevilla, bajo aquel cielo siempre diáfano, tras de aquellos antiguos muros romanos, cuando el viajero contempla las lindas casas con sus patios losados de bien pulidos mármoles, sus edificios, en cuyas galerías se distinguen las preciosas columnas de mármol blanco, sobre aquellos jardines tan floridos, tan perfectamente cuidados, que alumbrados por la noche con reverberos, presentan toda la ilusion de un paisaje verdaderamente oriental,

se distingue el rico alcázar de San Telmo. En su lujo interior, como en la belleza de sus formas exteriores, en el respeto con que lo contemplaban los viajeros, en la rigurosa etiqueta que había de guardarse al entrar allí, cualquiera habría dicho que el palacio de San Telmo era un alcázar de reyes. Allí se seguían con exactitud todas las prácticas cortesanas; allí tenían lugar recepciones, besamanos lo mismo, y mas aun, que en el palacio de Oriente de Madrid. Habitaba en medio de tan brillante esplendidez una familia de príncipes que, por haberla destinado la divina Providencia á vivir junto al trono, participaban de las ventajas de una posición régia, sin tener que sostener el rudo peso de una corona. Léjos de los peligros del trono gozaban, sin embargo, largamente de sus beneficios; no tenían que experimentar las sacudidas de los bandos opuestos, ni temer los estremecimientos de una conmoción revolucionaria. El prestigio del aura popular rodeaba á los egregios infantes; y mientras se reconocía en el duque á un excelente jefe de su casa, todo el mundo admiraba en la duquesa una señora que á sus eminentes cualidades personales, á su belleza física juntaba los caracteres de mujer piadosa, de buena madre de sus hijos.

Siempre ha habido y habrá en el mundo serpientes que andan en busca de algun Eden. El palacio de San Telmo tuvo tambien las suyas que trataron de perturbar tanta dicha.

— Asociemos á Montpensier á la obra revolucionaria, — se dijo; — y entonces la reina Isabel se verá abandonada hasta de sus mismos hermanos.

Tarea imposible hubiese sido si la siniestra luz de la ambición no despidiese rayos que ciegan. Hasta los duques de Montpensier experimentaron esta ceguera fatal.

Los unos decían:

— Él es uno de los sucesores de Felipe Igualdad.

Y otros añadian:

— Son Orleans; con esto queda dicho que contribuirán á nuestros propósitos.

Y otros exclamaban :

— Las segundas ramas siempre proporcionan combustible para el incendio revolucionario.

Si en la conspiracion no hubiesen entrado mas que Prim, Moriones, Contreras y Lagunero; si la proposicion les hubiese venido de progresistas ó republicanos, los infantes se hubieran mantenido en su puesto. D.<sup>a</sup> María Luisa de Borbon no hubiera olvidado los dias trascurridos al lado de su hermana; no hubiera acertado á echar un velo sobre los hermosos recuerdos de su edad primera: al duque de Montpensier se le hubiese presentado la imágen de la ingratitude de parte del que habia recibido de D.<sup>a</sup> Isabel las mas espléndidas generosidades. Los progresistas no pueden dar sino coronas de papel, los republicanos, si alguna corona dan ha de ser de espinas para azotar mas adelante y clavar en cruz al que la cifa; para ser rey de sainete, como podian querer los progresistas, ó para que los republicanos les espusieran en el balcon del pretorio á enseñarlos á la demagogia para que se cebase en ellos, los duques de Montpensier no hubieran renunciado la ventura y tranquilidad de su posicion. Pero se lo decian Dulce y Serrano: ¿quién habia de creer que estos cuando ofrecian una corona á los Montpensier no la tuviesen para darla?

Sabia la Reina que los duques de Montpensier andaban en tratos con los enemigos de su trono; pero no por esto dejó de invitarles á que asistiesen á una fiesta de familia, cual era el casamiento de su primogénita con el duque de Girgenti.

Pudiera ser muy bien que la afectuosa invitacion de la Reina la hubiesen recibido los Infantes en ocasion en que andaban en tratos con los agentes de la coalicion antidinástica.

¿Qué sensacion hubo de producirles á los duques de Montpensier la vista de D.<sup>a</sup> Isabel II, abriéndoles por su misma mano las puertas del palacio que ellos intentaban forzar mas tarde con el apoyo de la Revolucion? ¿Qué impresiones

sintieron al subir, invitados por la Reina, á aquel alcázar régio que ellos trataban de escalar un dia en hombros de los revolucionarios?

Se adivina fácilmente que el duque de Montpensier, que no era mas que el esposo de la hermana de D.<sup>a</sup> Isabel, preocupado en admirar las grandezas de aquel palacio, que él esperaba hacer suyo dentro de poco, se manifestase frio y como distraido ante la Reina; se comprende bien que absorbido en la contemplacion del solio en que esperaba poder sentarse muy pronto, mirara hasta con cierto desvío, á la persona que entonces lo ocupaba, y no se detuviera en contemplar aquella mano que colmara de liberalidades al que por gracia de la Reina era infante de España y capitán general de sus ejércitos.

Pero ¿y la Infanta?

Comprendemos la tisis de amor que sienten los corazones que tienen que respirar continuamente la atmósfera de los palacios. Las regiones altas del mundo social son frias como son frias las regiones altas del mundo físico; no es de extrañar que falte allí algo del calor del alma. Se encuentra allí tal exuberancia de vida ficticia que no debe admirarse que de como aletargada la verdadera vida del hombre, que es: creer y amar. En el tumultuoso mundo de aquellas grandezas se enardece el alma con demasiado ruido para que pueda oirse la voz tan calmada, tan suave del corazon que habla por medio de pulsaciones en donde un latido cási imperceptible lo dice todo. Entre aquellos torrentes de luz artificial no se echa á menos la luz natural de los corazones, que es el amor. Allí se miente tanto que se comprende muy bien acaben por creer aquellas gentes que tambien el amor es una mentira. Por esto en las regiones elevadas se alargan en nombre de la amistad manos que están heladas, porque las mueven corazones muertos; los labios murmuran frases de cariño entre un sonrís que descubre una falsedad; se profieren palabras de cordialidad, de ternura, cuya armonía se escucha con la indiferencia del corazon, pero con el

gusto del oído, como una música cuyos acordes se lleva el viento.

Pero después de todo, la Reina y la Infanta eran mujeres, necesitaban algo de la vida del amor.

En las alturas del trono la Reina no había dejado de ser hermana; y ella que percibía allí muchos pechos que fermentaban, pero pocos corazones que sentían; que veía pasar aquellas procesiones de cortesanos, deslumbrados ante su trono, pero indiferentes ante su persona, experimentaba una irresistible necesidad de dirigir su corazón hácia el palacio de San Telmo donde residía, la que participó en su niñez de sus ensueños de felicidad; que fue la compañera de los únicos días apacibles que tuvo en su agitada existencia. Por muy comprimido que estuviese el corazón de la Reina entre la atmósfera del palacio, Dios le había abierto el respiradero de la desgracia para impedir que muriese aquel corazón. Si; D.<sup>a</sup> Isabel era desgraciada y lo sabía; lo sabía al ver altaneras á muchas frentes que antes se le presentaban humildes; al ver exigentes é imperiosos á aquellos para quienes antes una sola señal de la Reina de España constituía un mandato ineludible; sabía que lo era al ver que las mezquindades de los hombres y de los partidos iban dejándola en la soledad de su palacio. D.<sup>a</sup> Isabel se acordaba de su hermana porque no podía menos de acordarse de ella.

¿Y la Infanta? Habían dormido ambas en una misma cuna. Como hermanas que eran, Dios en los albores de la vida les había dado á beber el amor en una misma copa. ¿No quedaba aun algo de aquellas gotas sagradas?

Cuando menos D.<sup>a</sup> María Luisa sintió allí la voz de Dios que le anunciaba el fallo severo de la historia, por medio del grito del remordimiento; descendió de las alturas divinas un rayo de luz sobre aquella alma. Si D.<sup>a</sup> María Luisa no oyó aquella voz fue porque no quiso escucharla; si aquella luz fue solo el rayo de un momento, la culpa estaba en que el cielo de su espíritu se había cubierto de nubes.

Algo sentiría cuando se decidió á dar á D.<sup>a</sup> Isabel algunos

consejos. Era su derecho. Nadie puede reprocharla el haber aconsejado á D.<sup>a</sup> Isabel en un momento solemne. Muy al contrario; la sinceridad de una hermana para aconsejar vale mucho en horas de crisis; se corren en la senda de la vida peligros que solo puede evitarlos el grito de un amor desinteresado; hay en la ruta de la existencia abismos que solo los ve un corazon que sabe querer; la ternura de una madre, de una hermana descubre puntos de vista que no descubriría jamás el ojo de una persona estraña por perspicaz que fuese; el cariño inspira á veces un criterio superior al de la sabiduría. Léjos de censurar á la Infanta por haber aconsejado á la Reina, lo consignamos como una honra. Quien advierte el peligro, es porque no quiere que se caiga en él. Estamos persuadidos de ello, entonces D.<sup>a</sup> María Luisa se arrepintió de las prendas que pudiese haber soltado ante los comprometidos con la Revolucion: lo decimos así porque así lo creemos: la Infanta en aquel instante hubiera querido poder salvar á la Reina.

El diálogo que tuvo lugar entre las dos hermanas puede reducirse á los siguientes términos.

D.<sup>a</sup> María Luisa hubo de repetir á la Reina lo que se repetía por todas partes:

—Se murmura que eres juguete de las camarillas; que Marfori, que se ha hecho odioso al país, ejerce sobre la política demasiada influencia, que sobre los poderes constituidos hay poderes ilegales.

—¿Qué tengo que hacer, pues? —le preguntaría doña Isabel.

—Cambiar por completo de política, desentenderte de Gonzalez Brabo, abrir á los proscritos las puertas de la patria, reformar en sentido mas expansivo las instituciones vigentes.

La política de transacciones aconsejada por las personas de quienes D.<sup>a</sup> María Luisa se constituía en órgano, había sido ya ensayada por la Reina durante la larga época en que estuvo al frente del poder la Union liberal; y á pesar de

ello, las condescendencias de O'Donnell no desarmaron á los antidinásticos, sino que estos se aprovecharon de ellas para combatir mas rudamente y con menos peligros á la dinastía. ¿Había de confiar el poder á Prim para que despues de convertir el cetro de oro en cetro de caña, lo echase á los piés de los revolucionarios? ¿Había de entregarse á los demócratas, á fin de que en España, en donde hay aficion de sobras de parodiar todo lo de Francia, estos imitando á la *Convencion* procesasen á D.<sup>a</sup> Isabel y la condenasen por el delito de ser hija de reyes?

Respecto á la clemencia, D.<sup>a</sup> Isabel estuvo siempre dispuesta á usarla.

— «Desengáñate, dijo la Reina á su hermana, en la situacion exaltadísima en que se ha colocado el partido popular solo se satisface con el destronamiento de la dinastía.» — «Cuyos derechos y cuyo poder está comprometiendo la política de tus ministros, añadió la Infanta. Así no extrañarás que si tú y los tuyos llegais á la imposibilidad de sostener esos derechos, y de conservar ese poder, haya otros individuos de la familia que los recojan del suelo, y los personifiquen ante la nacion.» — «¡Ay! Qué ilusiones te forjas, le respondió la Reina. El dia que yo me vaya me llevo la llave de la dispensa (1).»

Vino el dia de la ceremonia. El real cortejo atravesó las calles de Madrid para dirigirse al templo de Atocha. Los Infantes creyeron ver que la Reina era recibida en medio de un silencio sepulcral, que se prodigaban á ellos aclamaciones que se escatimaban á la Reina; que se descubrian y se inclinaban ante ellos frentes que al pasar la Reina permanecian cubiertas y aun amenazadoras. Hasta les pareció oír en un grupo al pasar ellos:

— Ahí van los verdaderos reyes de España.

Lo que puede producir una ilusion de tal naturaleza se esplica, aunque no se justifique. ¡Á quién no deslumbra una corona! Despues de la ceremonia de la solemnidad los infan-

(1) Castelar.—*Historia del desenvolvimiento republicano.*

tes creyeron que quien les ofrecia la corona de España no eran solo los descontentos de un partido, sino la voluntad de la nacion; cosa es esta, que atendidas las preocupaciones, hijas de la debilidad humana, se concibe perfectamente.

El alma siente á veces desvanecimientos fatales producidos por un estado de funesta alucinacion. En este estado llega á pervertirse el sentido moral; entonces se justifican pretensiones que en otras circunstancias aparecerian como una defeccion monstruosa; la conciencia calla ante actos que en las horas de serenidad y calma del espíritu aparecerian con todo su repugnante carácter. En estos momentos se cubre el alma de una densa niebla, mas difícil de desvanecer si turba de interesados aduladores inclinan su incensario para levantar con su humo una espesa nube en que entonces se envuelve el espíritu. No acertáramos á esplicarnos de otra manera cómo los duques de Montpensier cooperaban á una conspiracion que tenia por objeto el destronamiento de la Reina, sin prever las consecuencias de un hecho semejante, espuesto á que las furias populares que se desencadenan en semejantes ocasiones, podrian cebarse en la persona de la que era su hermana, mayormente cuando no se les podia ocultar que en la conjuracion entraban tambien elementos demagógicos. Pero ellos, repitiendo las frases de los que les convertian en instrumentos de sus pretensiones personales, se dirián sin duda: — «Nosotros no tratamos precisamente de derrocar á D.<sup>a</sup> Isabel. Pero la brillantez de su corona está deslucida, y nosotros queremos volverle su antiguo esplendor; nosotros de lo que tratamos es de reanudar las gloriosas tradiciones monárquicas armonizándolas con las exigencias populares. Por su terquedad en seguir una política imposible, de la cabeza de D.<sup>a</sup> Isabel se va á caer la corona; nosotros no harémos mas que recogerla para que no vaya rodando por el suelo.»

No; la corona no se cayó por los defectos de D.<sup>a</sup> Isabel. En un país monárquico el trono representa el modo de ser político de la nacion; es el eje en torno del cual se mueve el

mecanismo de esa colectividad que se llama pueblo; es el punto inmóvil en medio de los cambios producidos por la diversidad de las necesidades, de las circunstancias y de las épocas. Cuando el trono no significa esto, no significa nada. La persona que lo ocupa no es otra cosa mas que un accidente. Sus buenas ó malas cualidades personales influyen menos de lo que muchos se figuran. Lo que acontece es que hay horas de expiacion para los reyes y para los pueblos: entonces una nacion se sale de su cauce natural; entonces un país se encuentra desquiciado, sin rumbo fijo, sin hombres, sin áncora de salvacion en medio del desencadenamiento de la tormenta social, pasando de espantosas anarquías á dictaduras inverosímiles; entonces en aquella agitacion el cieno del fondo sube á la superficie; las instituciones son arremolinadas por el vendaval; se ensayan nuevas formas, nuevas instituciones, nuevas teorías, nuevos hombres, pero todo pasa con una rapidez vertiginosa. Inútil es que en aquellas circunstancias se trate de edificar, porque todo se sepulta entre ruinas. Y cuando suena para un pueblo la hora de las expiaciones, los reyes en su comportamiento pueden adelantar ó retrasar la aguja del reloj de la Providencia; pero no pueden mas que esto. El trono de Francia no se hundió cuando Luis XIV lo aplastaba bajo el peso de su despotismo; y no obstante se vino abajo al sentarse en él un rey inocente como Luis XVI. Es que entonces sonó la hora. En nuestra antigua monarquía hubo reyes que parecen esclusivamente ocupados en derribar su trono; unos que suben al poder manchándose en el crimen de regicidas, otros que hacen ante sus pueblos escandalosa ostentacion de su libertinaje, otros que rompen en pedazos la nacion para repartirla entre sus hijos como si fuera una heredad; y aquellos tronos no caian nunca.

El deber de los duques de Montpensier, su dignidad, su verdadero papel histórico era abrazarse al trono de la reina D.<sup>a</sup> Isabel, participar de su infortunio; así el trono hubiera caido de una manera majestuosa.

La Providencia permitió que no sucediese así para bien de la atribulada España. Á haber caído los duques de Montpensier arrimados al trono de la Reina, á haber ido el duque como capitán general, ya que no á defenderla en el campo de batalla al lado del conde de Girgenti, conforme lo exigian sus juramentos, al menos á ponerse en Hendaya al frente de su guardia de honor; si las primeras lágrimas que brotaron de los ojos de D.<sup>a</sup> Isabel en país extranjero las hubiese recogido su hermana, entonces la dignidad de su proceder les hubiera engrandecido, habríase visto que la nobleza del corazón no está reñida con la nobleza de la sangre. Tal vez entonces, al sentir el vacío que dejó aquí la monarquía, se hubiera pensado en llamar á la princesa española que hubiera estado llorando al lado de la Reina consolándola de su infortunio. Dios no lo quiso así, y debemos estarle agradecidos. Tal vez entonces hubiera venido Montpensier como regente de D. Alfonso antes de haberse hecho en toda su extension el ensayo revolucionario; hubieran quedado todavía utopias que ensayar, y por consiguiente ilusiones que desvanecer; y llegara D. Alfonso tal vez á su mayor edad con el prestigio ya gastado. Quizás entonces hubiese venido Montpensier como rey: desgracia grande para el país, pues él, sin legitimidad, sin derechos, desde un trono levantado sobre un pedestal republicano, como es la voluntad popular, hubiera tenido que habérselas con la Revolucion, mas legítima aun que él, porque rey revolucionario, hubiera estado en ella toda la fuente de su legitimidad; y además hubiera tenido que luchar con D. Alfonso y D. Carlos, que si pueden disputarse entre los dos el derecho histórico, los duques de Montpensier en este terreno quedaban completamente fuera de combate. Permittiendo Dios que Montpensier se inutilizase, ahogó el germen de catástrofes funestísimas.

El duque de Montpensier se alucinó, y se alucinó de tal manera que parece como que fuese víctima de una fiebre irresistible. Corrió tanto, que llegó antes de tiempo. Tuvo

que presentarse en espectáculo detenido ante un trono que no se le daba. El papel que hacia esperando al pié del trono no era propio de un rey; se le pudo medir, y se vió que no tenia bastante talla: creyóse que el que no habia sabido esperar tampoco sabia reinar.

Al abandonar el alcázar régio despues del enlace de los condes de Girgenti los Montpensier se hallaban bajo el peso de una muy fuerte fascinacion. Ya no sabian dominarse; llegaban á olvidar las exigencias mas rudimentarias de su elevado puesto, de suerte que los conspiradores temian que los duques no les comprometiesen con su impaciente imprudencia. Un unionista escribió á cierto conjurado muy conocido:

— «Deseo que el duque de la Torre tome á su cargo el arreglo del *tango*, y que el Gobierno nos quite de en medio al duque de Montpensier; que estoy seguro concluiria por comprometernos á todos (1).»

Al regresar de la corte se presentó á recibirles el Sr. Álvarez Sarga, director del camino. Los infantes le conocian por haber sido el Sr. Álvarez concejal en otro tiempo: por lo que el Duque le preguntó:

— «¿Es V. del Ayuntamiento?»

— «No, señor, contestó Álvarez; ni podria serlo con el Gobierno que nos manda.

— «Comprendo, continuó el señor Duque. Pues nosotros volvemos de esa corte corrompida, inmunda, que no sabemos cómo subsiste cuando son públicos sus extravíos, ni cómo hay persona decente que la apoye.

— «Nada, dijo interrumpiendo á su esposo la Duquesa; esto es imposible; la revolucion es necesaria, y vendrá, y nosotros estamos dispuestos á ponernos al frente de ella.»

Este diálogo tuvo lugar nada menos que en presencia de toda la servidumbre, ante los ayudantes del Duque, en medio mismo de la calle (2).

(1) Bermejo.— *Esta feta de palacio.*

(2) Bermejo.— *Esta feta de palacio.*

No hay para qué decir que esto llegaba á oídos de la Reina. Puede adivinarse el pesar que no podría menos de sentir al saber como se expresaban y obraban aquellos que estando ligados á ella por lazos de un parentesco tan íntimo, habian de ser los que le proporcionasen un consuelo en las largas horas de su abandono.

¿Qué habia de hacer la Reina en vista de la actitud de los infantes? ¿Escribirles quejándose de su conducta? Si lo hizo, cartas de esta clase habian de tener un carácter puramente confidencial. No pertenecen aun al dominio de la historia. Lo que se sabe es, que cuando Montpensier estaba ya en tratos con los revolucionarios, la Reina aun le regaló un rico alfiler de oro el día de san Antonio envuelto en un autógrafo que decia :

— «Para mi querido hermano el duque de Montpensier.»

Dominaba en el palacio de San Telmo una obcecacion tal, que allí tenian lugar escenas que hubiesen sido altamente risibles, á no formar parte de una triste tragedia.

Hubo el 28 en San Telmo una recepción oficial verificada con la mayor esplendidez, á la que asistió una numerosa concurrencia, pues muchos eran los que querian hacer la corte al que en su concepto habia de sentarse muy pronto en el trono de España. Al pasar despues el Duque al despacho de la planta baja del edificio, donde tenian lugar las conversaciones de confianza, estas se animaron desde luego, versando sobre el asunto favorito, que era el comportamiento de D.<sup>a</sup> Isabel, cuando entró con su uniforme y todo cierto personaje militar, y tirando de la espada hasta sacar media hoja, dijo con el aire mas cómico del mundo:

— «Esto no se compone sino así... ¡Latigazo! y acabar con todo (1).»

Cuéntase que la misma Infanta decia reproduciendo una frase de la Reina, pronunciada, por cierto, con mayor oportunidad:

— «Estoy esperando la hora de montar á caballo.»

(1) Bermejo.—*Estafeta de palacio.*

La Reina cerraba los ojos para no ver, tapábase los oídos para no oír lo que se hacía tan ostensiblemente, lo que se proclamaba tan alto en el palacio de San Telmo, que no pudo menos de verlo y oírlo la nación entera.

El gabinete exigió de Isabel II que no tolerase por mas tiempo un hecho que tenía conmovido á todo el país; y ante esta exigencia de los ministros, permitió la Reina que se dirigiese á los duques de Montpensier el siguiente documento:

« Sermos. Sres.: De algun tiempo á esta parte tiene el gobierno de S. M. noticia, y en el público cunde la idea, de que se intenta subvertir el orden político garantizado por las instituciones fundamentales del reino, tomando el nombre de VV. AA. como enseña de propósitos revolucionarios y término de maquinaciones que la autoridad tiene el deber sagrado de impedir. Léjos está del ánimo de S. M. y de su gobierno el suponer que VV. AA. hayan consentido que así se abuse de la alta jerarquía en que se hallan, como Príncipes de la Real familia, para quienes la lealtad y la sumisión á la ley del Estado y al gobierno legítimo de la Reina es mas que para todos los súbditos obligatoria. Por lo mismo, y considerando que la presencia de VV. AA. en España, cuando semejantes conspiraciones se procuran y avaloran, puede contribuir de alguna manera á fomentarlas por intrigas y sugerencias estrañas á su deseo, la Reina nuestra señora (q. D. g.), de acuerdo con el dictámen del Consejo de ministros, se ha servido resolver que VV. AA. salgan de la Península en el mas breve plazo posible y fijen su residencia fuera de los dominios españoles, donde á VV. AA. conviniera, hasta tanto que, desengañados por la represion y el escarmiento los agitadores, que así comprometen altos nombres y respetables intereses, cese la ocasion que hoy pone al gobierno de la Reina en la dolorosa necesidad de adoptar esta medida. — Tengo el honor, etc. — *Gonzalez Bravo*. — Madrid 7 de julio de 1868. »

Desde luego se adivina que el documento, con sus formas

tan extremadamente suaves, si pudo escribirlo Gonzalez Brabo, la que inspiró el tono de la redaccion fue la Reina misma. Gonzalez Brabo no lo hubiera escrito con una lenidad semejante. Ni aun como inspirado por la Reina puede justificarse su flojedad. Los infantes por su elevada posicion eran los primeros súbditos del trono de D.<sup>a</sup> Isabel; sus faltas tenian tanta mayor gravedad, cuanto que descendiendo de muy alta esfera, revestian el carácter de un escándalo. Ante hechos como los que habia que reprimir, la que representaba el poder público, la fuerza y la autoridad de la ley en su expresion mas elevada tenia deberes muy sagrados. Al inspirar el documento la mujer ofuscó á la Reina.

En vista de lo que decia el escrito la contestacion era sumamente fácil.

«Señora: Por el conducto inmediato del capitan general de Andalucía se nos comunicó vuestra real disposicion del 7 de julio último, en la que se nos ordenaba salir en el mas breve plazo posible de la Península, fijando nuestra residencia fuera de los dominios españoles. En telégramas posteriores se designó la fragata *Villa de Madrid* para que verificásemos nuestro forzoso viaje, dejándonos la eleccion del punto del extranjero que nos conviniera para cumplir nuestro destierro. — No nos ocuparemos en analizar las causas origen de las dificultades que se han ofrecido á nuestro desembarque en Portugal, amenazando hacer ilusoria la libertad de eleccion que hemos mencionado; pero la embarazosa situacion que se nos creaba á la vista de Lisboa, como con la irreverencia con que la plaza de Cádiz acogió el pendon real ostentado por la fragata que nos llevaba, no es posible desconocer las manifestaciones de un inútil ensañamiento. — Hemos juzgado conveniente hasta ahora guardar silencio acerca de la medida adoptada por el gobierno de V. M.

«Hoy que, al abandonar la *Villa de Madrid*, digna representante de nuestra querida España, pisamos el suelo extranjero, debemos dar término á la reserva que pudiera interpretarse como insensible apatía ó humilde conformidad



# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

*desde su fundacion hasta nuestros días. Coleccion de litografías representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso por D. Rafael del Castillo.*

Esta obra sale cada mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de fóllo*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.— Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 49 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

*desde sus primitivos tiempos hasta nuestros días por D. Vicente Ortiz de la Puebla.*

La presente obra se reparte por entregas de ocho páginas en fóllo, de abundante y clara lectura, impresas con tipos enteramente nuevos y en papel satinado. Constará de 300 entregas, y la adornarán mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas.

Cada entrega cuesta un real en toda España, repartiéndose dos semanalmente.—Van salidas 257 entregas.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Salen 4 entregas semanales á medio real una. A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas salidas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.—Van publicados dos tomos y se está terminando el tercero.

## EL REMORDIMIENTO

### Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra.—También se facilita ir adquiriéndola por suscripción, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta á medio real una.